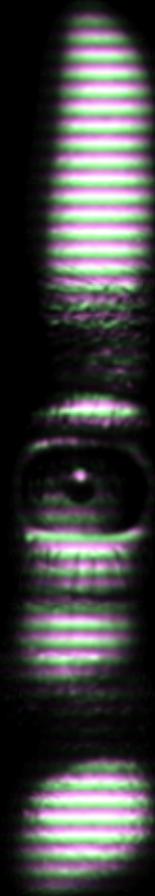


Cefalea

Hernán Romero

CEFALEA



POR
H. ROMERO

Capítulo 1

Cefalea, del latín tardío cephalaea, y este del griego kephalaía, derivado de "kephal", literalmente "cabeza": Dolor de cabeza.

Esa es la estéril definición que el diccionario de nuestra lengua da a algo infinitamente más complejo, oscuro y terrible.

"Dolor de cabeza".

Ja.

Para mí siempre ha sido mucho, muchísimo más.

Los "dolores de cabeza" han formado parte de mi vida desde que tengo uso de razón. Uno de los primeros recuerdos de mi infancia, de hecho, es el de estar tumbado en un sofá, boca abajo, apretando el rostro contra los almohadones. Un dolor profundo, penetrante, casi punzocortante diría, pues no se limitaba solo a la cabeza. Todo el que alguna vez haya sufrido migraña en racimos sabrá que el dolor tiende a desplazarse de la frente hacia uno de los ojos. Este desplazamiento es paulatino y aterrador, como si un montón de vidrio molido reptara poco a poco desde tu frente hasta la ceja, descendiendo inevitablemente hacia el globo ocular. En mi caso era siempre el ojo derecho, y, llegados a ese punto, el mundo se apaga. Ya no estás caminando, hablando y viviendo en tu realidad cotidiana, no; de pronto te ves en un cuarto oscuro, con una bolsa chorreante de hielo sobre la cara, temblando y sudando, y el punzón hundiéndose en tu pupila es lo único que podés sentir, lo único en lo que podés pensar.

Es el tipo de dolor que puede volver loca a una persona.

De chico, quizás, era más fácil. Mis padres eran reacios a darme analgésicos, de modo que, cuando el dolor empezaba, solía tirarme en el sillón, apretar los dientes y cerrar los ojos con fuerza. Cuando el dolor se desplazaba a la cuenca ocular sabía que todo terminaría más pronto que tarde. Simplemente vomitaba o me desmayaba, o las dos cosas, y entonces, al fin, oh, dulce entumecimiento. Quedaba tendido, inmóvil y agotado, con la cabeza espesa y pesada pero libre de dolor.

Por supuesto, cosas como esta asustaban bastante a mis padres. Era una época en la que él todavía andaba cerca, y ella aún se mantenía lo suficientemente sobria como para preocuparse. Incluso hoy recuerdo cuando me hicieron el primer electroencefalograma. Mi mamá estaba aterrorizada, pero para mí era como una especie de aventura. Tomamos el tren y salimos de los grises suburbios, rumbo a la siempre grandiosa capital. La vista de los grandes edificios de departamentos y los carteles luminosos (cosas que solo había visto en películas) siempre me hacían pensar que estaba entrando en otro mundo. Mis padres, además, eran más propensos a comprarme golosinas o juguetes para tranquilizarme, y en la clínica todos eran amables y cariñosos con el simpático nene de cinco años.

Los electroencefalogramas salieron bien, claro. No había nada fuera de lo común ni en mi cabeza ni en mi actividad cerebral. El doctor fue categórico, y mamá se sintió aliviada.

—Los resultados salieron bien, no hay de qué preocuparse. Probablemente tenga migrañas durante toda su vida, pero nada que le impida llevar una vida normal.

En eso de que las migrañas me acompañarían toda la vida tenía razón.

Con el tiempo tendieron a hacerse menos frecuentes, e incluso hubo hermosos períodos en los que llegué a creer que se habían esfumado del todo. Pero volvían. Siempre volvían, y ya de más grande, empezaron a hacerse más violentas. Los desmayos me abandonaron por completo, no así el acto reflejo del vómito, a veces, aunque el dolor ya no se iba.

Solía darme cuenta cuando iba a empezar. Un cosquilleo en el lado derecho del rostro. Picor en los ojos. Repentina sensibilidad a la luz. A veces, unas horribles manchas blancas en la visión periférica que te distorsionan la vista. Mareos. Parálisis total de la mejilla y la comisura derecha de los labios. Y entonces, te golpeaba. Primero leve, en la frente, luego el montón de vidrio, y, finalmente, un dedo de hierro hundiéndose en el ojo como una puñalada. Ya no perdía el conocimiento, de vez en cuando vomitaba, pero no servía. Aspirinas, ibuprofeno, paracetamol, ergotamina, nada de eso funcionaba si no lograbas frenarlo a tiempo, y a veces ni siquiera así. En mis peores momentos llegué a sujetar un cuchillo, tentado de arrancarme el ojo y terminar con todo de una vez. Por supuesto, no lo hice. No lo hice porque, de un modo u otro, luego de horas y horas tumbado en la oscuridad, sollozando y maldiciendo, se terminaba. Tarde o temprano paraba. Entonces la vida empezaba de nuevo, y con ella todo lo que a veces hasta me hace preferir estar tirado en una cama, a oscuras, sin ver a nadie.

Me gustaría decir que tengo verdaderos motivos para pensar de ese modo. Sin duda los hay, pero en su mayoría no son externos como yo

quisiera, producto de la aversión inherente del mundo hacia mí, sino una consecuencia de mi completa, total e irremontable incompetencia para...ciertas cosas.

Esta es la parte en la que debo exponer algo del contexto en el que esta historia tuvo lugar. Tenía veintiocho años recién cumplidos, y mi vida había sido una sucesión de experiencias insufribles, una tras otra. ¿Por dónde empezar? Decir que nunca llegué a conocer a mi padre, que apenas tenía siete años cuando se fue, que lo único que recuerdo de él era lo violento que se ponía en sus días malos, sería demasiado cliché. Mamá era buena conmigo, y me trataba bien, pero se sumergió tan gradualmente en el alcohol que, para cuando me di cuenta, ya era tarde. Mejor dejarlo ahí.

También podría hablar a detalle de mis primeros recuerdos de la primaria, del nene tímido y asustadizo que fui, el típico con el que nadie quería jugar y del que todos se reían, pero tampoco tiene mucho sentido a efectos de lo que deseo contar.

La secundaria, en cambio, fue otra cosa. A esa edad uno empieza a entender el mundo y la gente que lo rodea; a esa edad, más que nunca, uno desea sentirse aceptado y querido, tener la idea (la ilusión al menos) de que forma parte de algo. Bueno, yo nunca supe cómo era nada de eso. No cumplía con los requisitos. A mí no me gustaba ni hablar, ni salir, ni formar parte de nada; pero no porque lo considerara simple frivolidad o porque me sintiera por encima de los otros, lo mío era pura y patética timidez. Me aterraba la perspectiva de hablar con todo aquel que tiene esa admirable pero odiosa capacidad de labia; me daba miedo salir a bailar e ir a las fiestas de mis compañeros, siempre temeroso de no encajar, de hacer el ridículo, de decir algo y que todos voltearan a verme con esa expresión que yo, desafortunadamente, tan bien conozco.

Las consecuencias fueron las obvias: estaba solo. No tenía un grupo estable de amigos, no me juntaba con nadie un sábado a la noche para salir a bailar, no jugaba al fútbol, no tocaba en una banda. No recibía más que la indiferencia y el desprecio de los demás, odiándolos con todo mi ser por ello, y odiándome a mí a la vez por no ser capaz de salir de esa situación, de juntar el coraje necesario para romper el conformismo y animarme a...algo. Lo que fuera.

Terminé el secundario solo, sin amigos, asustado por la perspectiva de la universidad, pero a la vez aliviado de que no tuviera que volver a ver jamás a ninguno de esos hijos de puta. Era como volver a empezar. Tenía la ilusión de que en la universidad me encontraría a mí mismo y conocería a gente que, tal vez, pudiera entenderme y acompañarme. Sí, sí, ya. "Encontrarme a mí mismo". Que quemado, pretencioso y estúpido que suena. Creo que ni hace falta aclarar que no fue así. En mi experiencia, las personas no cambian, simplemente se van transformando más y más

en sí mismas a medida que pasa el tiempo. Yo seguía siendo el mismo, mal que me pese, y la gente también. Si uno no es capaz de hablar con los demás, ellos no van a acercarse a hacerlo en tu lugar. Es mucho más sencillo ignorar a alguien que intentar conocerlo, y mi ansiedad, mis temores y mi cada vez más creciente incompetencia social me llevaban a no tomar paso en ninguna dirección.

Terminé la carrera en unos cuantos años, dándome cuenta bastante tarde de lo mucho que la odiaba. Odiaba el plan de estudio, odiaba a los docentes, odiaba a mis compañeros, odiaba los trabajos prácticos grupales, odiaba tener que sentarme a estudiar cosas que no me interesaban y, sobre todo, odiaba la universidad, la odiaba en un sentido prácticamente físico, desde el primer escalón hasta la última baldosa. Y sí, ya sé, todos deben estar pensando que soy un idiota al que le gusta quejarse, que si tanto lo detestaba tendría que haberlo dejado y a otra cosa. No los culpo, hasta yo pienso así ahora, pero en su momento no era tan claro. Me quedaban pocas materias para recibirme y había comenzado a trabajar en una consultora, "en algo relacionado a lo que estudiás", como a todo el mundo le encantaba decirme. ¿Tenía verdadero sentido renunciar y buscar de verdad otra carrera? ¿Y cuál? ¿Medicina? ¿Periodismo? ¿Y no estudiar en absoluto? ¿Ir a agachar el lomo a la fábrica, a la obra, al campo o la caja del supermercado? ¿Y qué tal un emprendimiento? ¿Ser "mi propio jefe"? ¿Y con qué plata? ¿Con lo poco que me pagaban en la consultora?

Todas las opciones me parecían tan odiosas como mi carrera, así que hice lo que ya se imaginan: nada. Me quedé en mi zona de confort, por llamarla de algún modo, y me recibí. Podría haber cambiado de trabajo también, pero no lo hice, cosa curiosa, pues la gente en mi actual empleo muy probablemente sea la peor que he conocido en mi vida, pero ya llegaré a eso. Para resumirlo un poco, basta decir que todo el proceso de selección para cambiar de trabajo me provocaba (y me provoca) una terrible ansiedad y desasosiego. Siempre he tenido la incómoda sensación de no saber mucho de nada, pese al título y a los tres años de experiencia de los que hacía gala en ese momento. Tener que aparentar que sí en una asquerosa charla grupal frente a alguna empleada tercerizada de recursos humanos me parecía una absoluta mierda.

Así que me quedé en la consultora. Pensaba que, quizás, con algunos años más de experiencia, un ascenso, y, al fin, algo más de conocimiento, podría reunir el valor necesario para encarar una nueva búsqueda laboral. Ya saben, un mejor lugar para trabajar, un sueldo más razonable, nuevos compañeros con los que poder empezar desde el principio. Como si no hubiera hecho nunca antes un borrón y cuenta nueva con la gente.

La verdad es que jamás llegué a intentarlo. A los tres años de mi ingreso, ya con veintiocho, seguía ahí, estancado. Pero hey, seamos justos. Algunas cosas sí se dieron en el medio, como el ascenso y un salario un

poco mejor. Podía permitirme algunos caprichos, como desperdiciar un fin de semana entero jugando videojuegos en mi consola de última generación, encerrado en la penumbra, o escribir poemas que nunca nadie jamás leería en mi nueva laptop, con la música sonando en esos parlantes JBL que no necesito en absoluto, pero bueno, puedo comprarlos, como todo lo demás, y volcar mi atención completamente en ellos durante horas y horas enteras. Cualquier cosa con tal de no pensar.

También, por aquellos años, me mudé al fin a la grandiosa capital, a un cuartucho con excelente iluminación y a solo quince escasas cuerdas de la terminal del subte. Para sentirse orgulloso. No hay nada, de hecho, que ilustre mejor el nivel de decadencia propio que asfixiarse en un vagón lleno a reventar, rumbo a un trabajo al que odiás, a tratar con gente a la que no soportás, para ganar unas cuantas monedas que te permitan seguir manteniendo ese afortunado estilo de vida (porque siempre hay gente que lo tiene mucho peor, claro está, no seamos egoístas).

Y por supuesto, no tan frecuente como antes pero aún latente, de fondo, la migraña, que siempre ha estado ahí, conmigo, y siempre estará. Ya sea sentado en una de las sillas de tercera de la consultora, tratando de cerrar una presentación para un cliente, o tirado en el sofá un sábado por la noche, a solas en el departamento, leyendo historietas o viendo películas de ciencia ficción, distrayéndome, olvidándome, embotándome.

Siempre estará.

▪

Capítulo 2

Primer suceso

Todo lo anterior es pura mierda. Mi típico intento de desahogo y autocompasión. Ignórenlo.

Siendo sincero, para mí sería genial poder decir que la historia empezó con mi neurólogo negándose a prescribirme analgésicos, y yo yendo luego a grupos de autoayuda de enfermos terminales a descubrir lo que significa de verdad el sufrimiento, pero no, acá no hay reglas sectarias a seguir ni ningún alter ego malvado susurrándome al oído. Solo estoy yo, en pleno uso de mis facultades, tomando mis propias decisiones conscientes y moldeadas por años de miedo y resentimiento...lo que nos lleva a un comienzo mucho más mundano que el de esa película.

Es algo que recuerdo con espantosa claridad. Fue un viernes por la mañana, horrible y lluvioso. Estaba de camino al trabajo, en el subte, arrastrando todo el cansancio y el descontento de la semana encima. Hora pico. En cada estación subía el doble de gente que en la anterior, hasta ese punto en que ya no entra ni un alma, pero aun así todos siguen presionando para hacerse un hueco. Yo estaba en el medio del vagón, con los auriculares puestos, masajeándome la frente con una mano. Sí, era uno de esos días. Todavía no sentía dolor, solo unos leves pinchazos que no auguraban nada bueno. La mejilla derecha se me había adormecido. En breve, el puñal empezaría a hundirse, y, si no lo atajaba antes, entonces nada, absolutamente nada lo detendría. Podríamos decir que estaba un tanto apurado por bajarme del tren y correr al trabajo. Me había olvidado los analgésicos en el locker del estudio. Imperdonable. Dos comprimidos de ergotamina en ese momento, justo en la calma antes de la tormenta, podrían llegar a funcionar, pero tenía que apurarme.

Lo importante, de cualquier modo, no es eso. Hacia la mitad del trayecto, el empuje de la gente que subía me llevó más hacia el centro del vagón, dejándome justo al lado de un tipo enorme. He de decir que soy bastante alto, pero el fulano este me sacaba casi una cabeza. Iba vestido con saco, camisa y unas completamente innecesarias gafas oscuras, moviendo el mentón al ritmo de una electrónica insufrible pulsando como un martillo en un par de esos auriculares gigantes. Nada más verlo lo odié, no solo por la barba y el corte de pelo clónico que todo el mundo usaba por esos días, sino porque, pese a lo hacinados que estábamos, el tipo iba sujeto a dos agarraderas a la vez. Se harán una idea de lo mucho que esto jodía a la gente parada a su izquierda y derecha. Encima que ya de por sí

ocupaba bastante lugar, nos obligaba a mantener el equilibrio al no dejar libre una de las agarraderas. Adorable. Siempre hay idiotas así en todos lados. Es el equivalente a los subnormales que viajan sentados y dejan su bolso o mochila en el asiento contiguo, o peor aún, esos que van por ahí escuchando música directamente por el altavoz, sin ponerse los auriculares.

Este iba incluso más lejos. Cada vez que la presión de la gente y los vaivenes del tren nos arrimaban, el tipo sacudía violentamente los brazos para sacarme de encima. La cosa no iba solo conmigo. Hacía exactamente lo mismo con la señora parada a su lado izquierdo, que apenas sí le llegaba al hombro. Me lo quedé mirando un par de veces, apretando la mandíbula, pero él seguía en la suya, moviendo la cabeza al redoble de su mierda de música.

"Pedazo de hijo de puta..."

Estación tras estación, cada vez más gente, más roces y más empujones. En un momento prácticamente me apartó dándome un codazo en el pecho. En mi cabeza, insultarlo era lo más amable que hacía. Empecé a imaginarme que era yo el que lo empujaba, o que le lanzaba una de esas trompadas de película que te rompen la nariz y te dejan lagrimeando y escupiendo sangre. La jaqueca en progreso no lo hacía más fácil. Llevaba una pluma de hierro en la mochila, una de esas para firmar balances, regalo de una tía el día que me recibí. Empecé a imaginarme que la sacaba y se la hundía en el cuello a aquel imbécil. ¿Qué me lo impedía? Muy probablemente que se moriría, todo el mundo se pondría a gritar y a llorar en el vagón y terminarían metiéndome preso. Dios...no sé cómo será para el resto del mundo, pero yo solía tener estos arrebatos en los que me sentía tan irritado por la actitud de alguien que literalmente me daban ganas de matarlo. Son todas cosas que se quedan en la mente de uno, claro. Si no tengo el valor para mantener una charla como una persona normal, ¿cómo iba a tenerlo para hacerle daño a alguien? Es ridículo.

En esa ocasión no hubo diferencias. Me quedé callado, masticando la bronca, tratando de no caerme, mientras el pinchazo en mi frente comenzaba a reptar lento pero seguro hacia mi ojo. La señora le dijo algo en un momento, pero el tipo ni reaccionó, porque no la escuchó, supongo, pero dudo que hubiera hecho algo de todas formas. Apreté con más fuerza los dientes, centrándome en mi música, intentando ignorar lo que estaba a punto de estallar en mi cabeza. Pero no podía. Esta vez era grave. Por lo general suelo contar con algo de tiempo entre los primeros indicios y el episodio en sí, pero en ese instante, por algún motivo, la jaqueca escalaba con demasiada rapidez. La pupila empezaba a latirme dolorosamente cuando el tren alcanzó la estación terminal.

Las puertas se abrieron. La gente se derramó sobre el andén saltando casi a presión. El grandote miró distraídamente de un lado a otro y, por fin, soltó las agarraderas. Salí detrás de él, con los ojos entrecerrados y el cuello doblado. Caminaba lentamente, muy lentamente, pues los movimientos bruscos siempre son como cuchilladas en el globo ocular en momentos como ese. El tipo iba justo por delante, con sus enormes espaldas a menos de medio metro. Intentaba adelantarse a todo el mar humano que nos rodeaba para llegar primero a las escaleras. Ni siquiera pedía permiso, iba por ahí a los empujones como si nada. Hay gente para todo. Lo miré, experimentando un sombrío sentimiento de rencor e impotencia.

"Hijo de puta...ojalá te tropieces y te rompas la cara contra los escalones, tan apurado que estás".

En ese momento, dos cosas ocurrieron casi al mismo tiempo. Primero fue el dolor. Una punzada terrible, bestial, me golpeó en el ojo. Fue algo tan potente y repentino que me tambaleé, apoyándome contra la pared para no caerme. Medio segundo después el tipo tropezó, como empujado, y se golpeó de cara contra una de las paredes de la escalera. Vi con toda claridad cómo se le reventaban los labios, dejando un reguero rojo y brillante sobre el muro. La gente gritó. Algunos se adelantaron para ayudarlo a levantarse, tirando de los brazos. Él sacudía la cabeza y balbuceaba, salpicando sangre en todas direcciones. Vi como escupía un diente, una de las paletas, justo al lado de las gafas de sol destrozadas.

Yo estaba en shock. No tanto por el pequeño accidente, sino por la indescriptible agonía en mi ojo derecho. Se había disparado de golpe, arrolladora, pero...no solo era eso. Había sentido algo. Incluso ahora no sería capaz de describirlo con exactitud. Un dolor distinto al usual se había arrastrado desde el centro de mi cráneo hacia el ojo en una velocísima exhalación. Cuando estalló en aquella espantosa oleada fue como si el propio dolor escapara de mi interior hacia afuera. Pude sentir algo atravesándome la cabeza por dentro como una bala.

Me alejé apresurado del andén. Las cinco cuerdas hasta la consultora las hice sujetándome con fuerza el ojo, sin siquiera molestarme en ponerme a cubierto de la lluvia. Era bastante temprano aún, el tercer piso estaba casi vacío cuando salí del ascensor. Fui directo a mi locker y agarré la caja de ergotamina que había olvidado. Dos comprimidos, tres por las dudas. Los tomé ahí, en seco, y luego me encerré en el baño. Me senté y me sujeté con fuerza la frente. El dolor parecía haberse amortiguado un poco luego del súbito estallido en la estación. En ese momento no pensaba aún en el tipo alto y sus labios reventados contra el muro, ni en los huecos rojos en su boca. Simplemente se había tropezado. Tal vez esa misma tarde a mí me pasara lo mismo a la vuelta, ¿quién sabe? Mala suerte. Nada más.

En lo que pensaba, y mucho, era en el dolor. Las migrañas son paulatinas. Al menos en mi caso siempre he podido anticiparlas con cierto tiempo. La del subte parecía un poco más acelerada de lo común, pero nada que no me hubiera pasado antes. A veces, muy de vez en cuando, tenía ataques donde los síntomas se presentaban bastante de golpe, dejándome poco margen de acción. No era del todo usual, pero pasaba. Lo que sí nunca, jamás, me había sucedido, era una explosión tan brutal y repentina como esa.

Fuese lo que fuese, comenzaba a atenuarse. Quizás, por una vez, la ergotamina estaba teniendo el efecto que se supone debe tener. Cargué las espaldas contra la pared y cerré los ojos, respirando hondamente. El dolor se apagaba poco a poco; a mi alrededor, el mundo bajaba de volumen. Que deliciosa sensación. Por un maravilloso instante me quedé total y completamente dormido.

Desperté cuando alguien abrió la puerta al otro lado. Miré el reloj. Desde luego no lo parecía, pero solo habían pasado quince minutos. Me palpé la frente con recelo, masajeando todo el lado derecho del rostro. Me sentía mucho mejor. Esperé a que la persona afuera se marchara y salí del baño.

Ese día no había hecho más que comenzar.

Afuera, los primeros en llegar a la oficina cruzaban las enormes puertas de vidrio que daban al hall de los ascensores. Me encaminé de vuelta hacia los lockers para sacar mi notebook. A cada paso una leve presión residual me recorría la frente y el ojo, pero ya casi había desaparecido. En ese momento, mientras buscaba mis llaves, Mariela se paró a mi lado. Abrió su casillero, que era el contiguo al mío, y empezó a sacar sus cosas. Yo la observé de reojo, esperando que dijera algo, pero ni siquiera me miró. Lo típico. Cuando nuestros ojos al fin se encontraron, meforcé a sonreír.

—Buen día, Maru. ¿Todo bien?

—Buen día—respondió en tono seco, mirándome de soslayo—. Sí, todo bien.

Y nada más.

Apreté los dientes, notando como el pulso se me aceleraba de pura rabia. La actitud de Mariela puede resumir a la de la enorme mayoría de mis compañeros de trabajo. No recuerdo haber hecho nada en particular para ofenderla, pero siempre me trató como si alguna vez la hubiera escupido a la cara. Son cuestiones de cortesía básica. Yo tampoco la soportaba, pero hacía el esfuerzo de saludarla siempre que tenía la mala suerte de cruzármela. Ella ni eso. Reconocer que me hubiera encantado tener sexo

con ella lo hacía aún peor. El desprecio de las mujeres en general, y las lindas en particular, es una de las cosas que peor me hacen, más cuando no existe una razón clara que lo justifique. Mariela no era precisamente linda, pero sí que estaba buena. Tenía el pecho enorme y un culo que apenas le entraba en los jeans. Una nariz demasiado grande y unas encías un tanto prominentes hacían que no fuera lo que se dice bonita, o al menos para mí. Levantó esa narizota cuando se dio vuelta para irse, sin dignarse a dirigirme una segunda mirada. En el camino se detuvo a saludar a Esteban, que recién llegaba con el casco de la moto bajo el brazo. La muy hija de puta.

Cómo consultora flexible y ágil, y toda esa mierda, los puestos en la oficina eran libres cuando uno no estaba en un cliente. Me senté en una esquina, apartado del corro que empezaba a formarse en torno a Mariela, Esteban y los demás que iban llegando. Traté de no mirarlos mientras encendía mi notebook. Otro día cualquiera.

—Maru queridaaaaaa. ¿Cómo estás?

Y hablando de hijos de puta.

Matías atravesó el pasillo y fue directo a saludar a Mariela. En el camino pasó justo al lado mío. Ni me miró, por supuesto.

— ¡Ay, Mati, hola! Todo bien, ¿vos?

Se dieron un abrazo con palmaditas, y un beso, como si no llevaran apenas un día sin verse. Matías es a la oficina lo que el deportista atractivo y popular es a una película yanqui de secundaria. Alto y con el cuerpo de un adicto al CrossFit, de piel bronceada, pelo rubio con el corte clónico (cómo no) y una mandíbula como un ladrillo. Usaba también esos anteojos de marco grueso y negro que parecían ser los únicos ofrecidos en las ópticas por aquel entonces. A diferencia de Mariela, solía saludarme cuando nos cruzábamos a solas en un pasillo, y a veces hasta intercambiábamos dos o tres palabras. El problema no era ese.

¿Han tenido alguna vez la sensación de que alguien se burla constantemente de ustedes cuando hablan? Yo no tenía la sensación, estaba seguro. Matías acostumbraba usar palabras e insinuaciones sutiles, nada directo, pero cuyo único fin era ponerme en ridículo. Lo hacía, sobre todo, cuando había alguien cerca. Sí, era ese tipo de persona, esos que buscan la complicidad de los demás para burlarse de quienes consideran más débiles. La gran mayoría en el estudio le seguían el juego, algo que nunca, jamás, les perdonaré.

Luego estaba la actitud de todas las mujeres de la oficina hacia él. De la primera a la última querían cogérselo, así que le sonreían, le daban charla y rompían a reír ante cualquier idiotez que vomitara. Eso me molestaba

casi tanto como su trato burlón hacia mí. Simple y dolorosa envidia, claro. Yo anhelaba estar en su lugar, anhelaba que las chicas me miraran a mí, que me hablaran y buscaran mi compañía.

Bien podría haber deseado ser multimillonario o tener un sable láser de verdad. Algunas cosas simplemente no suceden.

— ¡Hey, hola! ¿Cómo estás

Muchas veces he pensado que si hubiera un incendio en la oficina y solo pudiera salvar a una persona, solo una, esa sería Sabrina. Sin lugar a dudas. Me volví para mirarla.

— Buen día, Sabri. Todo bien por suerte.

— ¡Me alegro!

Me dedicó una hermosa sonrisa antes de reunirse con el resto del grupo. Sentarse conmigo ya hubiera sido demasiado, pero a ella se lo perdono. Le perdonaría cualquier cosa. Era una chica preciosa. Bajita y muy delgada, de enormes ojos celestes y un pelo en algún punto entre el negro y el castaño. Tenía también unos pómulos y unas mejillas redondeadas, con hoyuelos, que le daban un aspecto simpático, como si siempre estuviera a punto de sonreír. Pero su apariencia no era lo más importante. Una vez vi una película en la que el protagonista se preguntaba: ¿por qué me enamoro de cada mujer que me presta un poquito de atención?

Pues bien, Sabrina fue la única persona que me mostró algo de humanidad en la consultora. Nos habíamos conocido unos tres años atrás, en un proyecto compartido en un cliente del exterior, cuando ambos llevábamos muy poco tiempo como empleados. Sabrina me saludaba siempre que nos veíamos, ella a mí, no yo a ella. A veces se acercaba para darme un poco de charla, por propia iniciativa, sin tener idea de lo mucho que un gesto como ese significaba para mí. Me preguntaba cómo iban mis cosas y me invitaba a ir a almorzar con ella y los demás. Dejé de intentarlo la segunda o tercera vez que le dije que no.

Pequeños detalles como ese eran suficiente para alegrarme el día.

Claro que luego veía como se sentaba con el resto del grupo, como empezaba a hablar con Matías y a reír sus estupideces. Entonces me ponía de un humor sombrío y no volvía a dirigirle la palabra nadie (menos si cabe).

Aquel día estuve unas buenas tres horas seguidas depurando una base de datos, separando la información que necesitaba para preparar un informe. Tenía que presentárselo a Anabela, mi jefa, esa misma tarde. No me quejaba. Ese tipo de trabajo se me daba bastante bien y hasta podría

decir que apreciaba a Anabela. Sin embargo, de un modo u otro, mis pensamientos terminaban volviendo al "incidente" en el subte. Ya he remarcado que nunca había tenido un episodio tan súbito y violento antes. La idea de que algo así de terrible pudiera empezar a pasarme con regularidad me aterraba. Le temo al dolor. Le temo muchísimo. Porque sé cómo es, sé lo que puede provocarme, a lo que puede dejarme reducido.

Y por otro lado estaba el tipo de las gafas de sol. ¿Le habrá sucedido a alguien alguna vez que justo luego de pensar "jodete" la persona en cuestión termina jodida, así, acción-reacción inmediata? ¿Y si encima ocurre en el momento en que una barra de hierro invisible te atraviesa el cráneo y te sale por el ojo? Era raro, muy raro, y si bien me decía que el tipo aquel solo se había caído y yo había tenido un principio de migraña, no podía evitar sentirme inquieto. Extrañamente inquieto.

Pero a Anabela le iba a importar muy poco mi preocupación, así que me limité a enfocarme en el reporte. Lo terminé una hora después del horario habitual de almuerzo. A propósito, claro. Para alguien como yo, siempre ha sido mejor comer o muy temprano o muy tarde. Con la excepción de Sabrina, nunca nadie me invitó a sumarme a un almuerzo, así que procuraba evitarme encuentros desagradables o silencios bochornosos en la cocina.

Ese día ni siquiera tenía hambre. Cerré la presentación y fui directo a prepararme una taza de café. Es otra cosa que siempre trato de hacer lo más rápido posible, para no cruzarme con nadie y verme obligado a forzar una charla. No tuve mucha suerte. Apenas estaba empezando cuando Matías entró en la cocina, pavoneándose como si todo el piso le perteneciera. Venía hablando a carcajadas con Javier, uno de los directores. Indeseable con indeseable. Por suerte, Javier siguió de largo, pero Matías se fijó al instante en mí. Me saludó con un movimiento de cabeza, metiendo su almuerzo en el microondas. Yo le devolví el gesto, en silencio, y me apuré a terminar el café. Él, en cambio, me sonrió. Era una de esas sonrisas que sonrojaban a la platea femenina, pero que a mí me invitaban enseguida a la desconfianza.

— ¿Todo bien, che?

—Sí, Mati, todo en orden.

—Nos toca finde largo.

—Sí, por suerte.

— ¿Y te vas a algún lado?

Era una pregunta malintencionada, y yo lo sabía. Aun así, el hecho de que se tomara la molestia de hablarme me provocaba un estúpido sentimiento

de simpatía. En el fondo, el deseo de pertenecer nunca se va.

—Mmm no... Voy a aprovechar para quedarme en casa y descansar un poco.

— ¿Cómo que en casa? —Me volvió a sonreír, acomodándose los enormes lentes—. Hay que aprovechar. ¿No vas a irte de joda o a verte con alguna chica?

"¿Pero qué carajo te importa?"

—Yo voy a agarrar el TT y me voy a ir con los chicos a la costa—seguía él—. Mis viejos me dejan la casa de verano libre todo el fin de semana, así que me voy a encontrar con unos amigos allá. Tremenda fiesta vamos a armar, vamos a ser como treinta, la mitad minas. Tengo que aprovechar el coche además, ¿viste? En dos semanas lo cambio por el nuevo modelo, cero ka eme.

Matías y yo teníamos la misma categoría en la consultora. Es decir, cobrábamos lo mismo. Yo jamás en mi vida podría haberme costeadado un Audi TT, cero kilómetro encima. Pero para él era fácil. Matías ni siquiera necesitaba trabajar. Su padre era un agropecuario dueño de varios campos en el interior, y toda su familia estaba podrida en plata. Tranquilamente podría haber renunciado esa misma tarde, no volver a poner un pie en una oficina, e igual habría tenido la vida resuelta. Todo se trataba de aparentar. El hijo estudia en una universidad privada y luego va a trabajar por cuenta propia a una reconocida consultora, para dejar bien en claro que no depende del dinero de mamá y papá. Me lo habría creído de no haberlo visto venir al estudio en un auto como ese todos los días, vestido con ropas que saldrían prácticamente la totalidad de mi sueldo y con un celular que tendría que ahorrar seis meses para poder comprármelo. Esos amigos con los que se iba a reunir eran exactamente iguales. Una pelota de nenes de papá forrados en billetes, del primero al último. Algunos (como mi querido Ignacio, de quien ya hablaré más adelante) ni siquiera trabajaban. Y por si fuera poco, todas esas eran cosas que Matías adoraba presumir siempre que tenía oportunidad. Manejo un Audi, mi papi tiene propiedades en la costa y no pago alquiler, eso es para los giles, yo tengo mi propio departamento, mi ropa de marca y mi piso en Miami. Etcétera, etcétera. A mí me generaba una irreprimible repulsión. A las mujeres les encantaba.

Sonreí forzadamente.

—Ah, mirá que bien.

Era todo lo que podía decir.

—Sí, buenísimo.

— ¿Qué cosa?

Sabrina entró en la cocina con una taza en la mano. Nos miraba de uno a otro, sonriente como siempre. Matías le devolvió el gesto mientras sacaba su bandeja del microondas. La dejó al borde de la mesa y me señaló con el pulgar.

—Nada, le decía que cómo va a desperdiciar un fin de semana largo jugando a los videojuegos, ahí, encerrado en la cueva. ¿No que hay que aprovechar para salir con los amigos, Sabri? Yo me voy los tres días a la costa en el TT.

— ¿Sí? ¡Qué bien! —Sabrina amplió su sonrisa y me miró—. Pero bueno, dejalo si él quiere hacer otra cosa.

—Sí, obvio. Estaba jodiendo nomás.

La bandeja con el almuerzo de Matías quedó en equilibrio por un segundo, balanceándose en el borde de la mesa, y luego cayó al suelo con el escándalo de un escopetazo. Matías dio un saltito hacia atrás.

— ¡Putra madre! ¡Ya me parecía que la había dejado mal apoyada!

Detrás de él, yo me agarré a la mesa para no caerme. Dejé mi taza sobre el dispenser de agua y me llevé la mano al ojo derecho. Apreté, luchando por no ponerme a gritar de dolor.

▪

Continuará

▪

Capítulo 3

Segundo suceso

I.

Supongo que ya se harán una idea de por dónde van los tiros en esta historia. Sin embargo, tuvo que pasar como un mes para que terminara por aceptar lo que me estaba sucediendo. Es comprensible. Era algo irrisorio, innatural, imposible en todo sentido. Llegué al extremo de creer que finalmente me había vuelto loco, que las migrañas y mi largo historial de conductas antisociales habían terminado por destruirme el cerebro. Debía estar alucinando, las jaquecas tenían que ser el síntoma de alguna enfermedad mental seria. No podía haber otra explicación.

Pero la había.

Era algo completamente irracional e imposible de creer, pero ahí estaba; algo que, incluso de tener gente cercana con quien hablarlo, jamás habría podido compartir. Algo que moriría conmigo.

Así que, durante ese mes, traté de no pensar en ello. Lo reprimí categóricamente. Intenté continuar adelante con mi monótona y miserable existencia sin pararme a buscar explicaciones.

Fue un período duro. Para cualquiera que lo viera desde afuera, simplemente podía parecer que me había obsesionado con el trabajo. Llegaba antes de las nueve y me iba a las ocho, o a las nueve y media, a veces más tarde. No paraba. Tuviera trabajo pendiente o no, estaba constantemente tratando de hacer algo. Anabela estaba encantada. Avancé con los proyectos que teníamos y armé más propuestas que en todo lo que llevábamos del año.

Pero el motivo de ese pico de productividad no era desinteresado en absoluto. Lo único que buscaba era mantenerme ocupado, cuanto más mejor. Si hacía cosas, si enfocaba mi mente en algo, en lo que fuera, podía evitarme pensar. Y aquello no se limitaba solo al trabajo. Podía llegar a las once de la noche al departamento y no irme a dormir hasta varias horas después. Mordisqueaba alguna porquería de la heladera y me quedaba hasta bien avanzada la madrugada volcándome en cualquiera de mis inútiles pasatiempos. Cada vez dormía y comía menos, y empezaba a notarse. Llegaba a la oficina desalineado, ojeroso y sin afeitado, creo que hasta llegué a perder algunos kilos. Iba a las reuniones así, hecho un

desastre, ya fueran con clientes o internas.

Oh, sí, hablemos un poco de las reuniones.

En las de clientes no tenía más opción que ignorar el nudo en mi pecho, tragarme la ansiedad y exponer lo que hubiera que exponer. No puedo evitarlo. Hablar en público es una de las tantas cosas que me provocan pánico social, y el hecho de que se le dé más importancia a la oratoria, a mostrarse y a hacerse auto marketing que a si hacés o no un buen trabajo me parece asquerosamente injusto.

De hecho, para mí, las peores reuniones eran siempre las internas, sobre todo los "learning days" y aquellas otras en las que un equipo de proyecto busca presumir ante toda la firma lo bien que lo está haciendo. Ahí todos aprovechaban para llenarse la boca hablando de "ser flexibles", "robustecer procesos" o "generar valor", sin decir nunca un carajo en realidad. Pero sonaba lindo, y quienes exponían se paraban rectos, mantenían el contacto visual, sonreían y hablaban con fluidez y confianza, de suerte que todos compraban el humo y aplaudían como focas. Y yo sentado en el fondo, cruzado de brazos, masticando toda mi rabia, mi envidia y mi resentimiento, pues, pese a la repugnancia que me generan, desearía poder estar en su lugar; desearía tener todas esas capacidades que la gente tanto valora, la facilidad de habla, la seguridad, la convicción y el faroleo.

Fue en una de esas reuniones de mierda que Anabela me dijo que empezara a cuidar más de mi aspecto, que como parte de su equipo de seniors no podía mostrar semejante imagen, menos de cara a los clientes. Me limité a decirle que sí, asombrado de que, luego de casi un mes, alguien me hubiese prestado la suficiente atención como para darse cuenta de lo demacrado que iba. Antes había notado alguna que otra mirada de reojo, pero nada más. Anabela era la primera que se molestaba en decirme algo.

A excepción de Sabrina.

—Hey, ¿te sentís bien? —me preguntó una tarde a última hora, cuando todos comenzaban a retirarse—. Te noto un poco decaído últimamente.

Le sonreí, débil, notando como una agradable calidez se extendía por mi pecho. Hacía falta tan poco de su parte para hacerme sentir mejor.

—Sí, Sabri. Estoy bien.

— ¿Seguro?

—Sí, son mis dolores de cabeza. Están un poco más frecuentes

últimamente.

—Uh... ¿Querés algo para tomar? —Empezó a revolver en su cartera—. Creo que tengo una tira de ibuprofeno...

—No, de verdad, te agradezco. Ya tomé hace un rato. Estoy mejor.

Ella me sonrió, apoyando una mano sobre la mesa.

— ¿Te quedás hasta tarde otra vez hoy?

—Eh...sí. Ana quiere que le tenga listo un presupuesto para mañana.

— ¿No estás trabajando demasiado estos días? Capaz que sea eso lo que te da dolor de cabeza. Deberías tratar de descansar un poco más.

—Sí...puede ser.

— ¿Querés que te de una mano con el presupuesto?

— ¡No! No te preocupes.

—Bueno. Me voy a ir yendo entonces, hoy tengo inglés. —Se agachó y me dio un beso en la mejilla—. Te veo mañana, ¿ok? Cualquier cosa que necesites decime. ¡Nos vemos!

Muchas cosas necesitaba, demasiadas. Cosas que solo ella podría darme, pero nunca, jamás, me atrevería a decírselo.

—Chau, Sabri. Suerte.

Ese día también me quedé hasta tarde. Ya no había nadie en el piso cuando me di cuenta que no soportaba seguir allí. Bajé por el ascensor, a solas, observando mi propia cara en el espejo. Anabela tenía razón. Me veía como la mierda, pero ¿qué importaba? No es que cuidar de mi imagen me hubiera aportado algo bueno alguna vez. En mi opinión, esa clase de cosas solo le funcionan a la gente verdaderamente atractiva. Podés ser un imbécil o un hijo de puta, o las dos cosas, pero si sos grato a la vista y encima te arreglás, por defecto vas a tener las cosas mucho más fáciles en la vida. Como mínimo la gente va a querer acercarse a hablarte, o intentar caerte bien. Matías era el ejemplo viviente más cercano. No es justo (nada es justo) pero así es como funciona.

Afuera era de noche. Estaba muy oscuro, y la llovizna formaba una película resbaladiza sobre el concreto. Me alejé a paso apresurado por la vereda, sin prestar atención a nada. Los ojos me ardían por la falta de sueño y el estómago me rugía. Y lo peor de todo, empezaba a pensar. No veía ante mí la calle húmeda y envuelta en penumbra, ni el cielo

encapotado. Volvía a estar en la estación terminal del subte, sintiendo como el ojo me estallaba, viendo como el fulano de las gafas de sol se reventaba los dientes contra las escaleras. Luego volvía a sentir el mismo latigazo imposible de dolor, y la bandeja de Matías, esa bandeja que tan fijamente había estado mirando, salía disparada por los aires.

Estaba terriblemente asustado.

Había sentido lo que había pasado en ese momento. En el fondo, muy en el fondo, creía saber lo que había hecho...y quería volver a intentarlo. Ardía en deseos de hacerlo. Pero el dolor... Temía tanto al dolor que el cuerpo se me paralizaba de solo pensar en ello.

Así iba, como un zombi, sin prestar atención adónde ponía los pies o siquiera pararme a mirar si pasaban autos. No me percataba de lo vacía que estaba la calle. La manzana contigua a la consultora está ocupada por un gran parque lleno de bancos, canteros y árboles. Detrás de uno de esos troncos salió el hijo de puta aquel. Ni siquiera lo vi hasta que lo tuve encima. Llevaba una campera oscura con capucha, y apuntaba el cañón oxidado de una pistola directo a mi cara.

— ¡Eh! —me gritó con voz cascada por el alcohol, la droga o lo que fuera que llevaba encima—. ¡Dame el celular y la billetera ahora o te quemó! ¡Ahora!

Lo que sucedió a continuación me es bastante difuso, incluso hoy. Lo recuerdo por pedazos, como pasa con los sueños. Sé que estaba incrédulo y aterrado hasta un punto que no creía posible. No crecí en un barrio precisamente agradable, pero como no tenía amigos y jamás salía, nunca me había visto en una situación ni remotamente similar. Recuerdo que retrocedí uno o dos pasos, desbordado por el pavor, mientras el tipejo aquel me gritaba mil insultos a la cara. No podía apartar la mirada del hoyo oscuro de la pistola, y entonces, cuando gatilló, sucedió otra vez. La bala no salió; de haberlo hecho me habría partido el rostro a la mitad. Lo que si se partió fue su mano. De repente, ambos gritábamos, yo porque el mismo relámpago de dolor había vuelto a travésarme el cráneo, directo hasta el ojo; él porque los dedos con los que sostenía el arma se le habían volteado hacia atrás.

Eso sí lo recuerdo bien. Un segundo antes de largarme corriendo vi que tres de sus dedos, del anular al índice, estaban retorcidos y quebrados como ramas. Un hueso blanco y afilado brotaba hacia afuera, atravesando la piel del dedo medio en una repulsiva fractura expuesta. El arma cayó al suelo. Yo salí disparado hacia la lejana boca del subte, agarrándome la cara, presionando sobre un ojo que parecía querer saltar de su cuenca.

II.

Si esto fuese una película, esta sería la parte en la que ponen el montaje de entrenamiento. El joven héroe entra en un fabuloso (y rapidísimo) período de aprendizaje en el cual aprende sin problemas todo lo que necesita saber sobre su recién descubierta habilidad, a menudo acompañado por un sabio y anciano maestro que lo guía en su instrucción. La verdad, hubiese sido muy bueno poder contar con un Yoda o un Cuervo de Tres Ojos que me enseñara a hacer esto sin desmayarme de dolor, pero, primero, dudo que a alguna otra persona en el mundo le haya pasado lo que a mí, y segundo, me di cuenta que cuanto más lo intentaba mejor me salía. Con esto no quiero decir que el dolor se hubiera ido, pues siempre estaba ahí, en el ojo, cada vez que enfocaba mi mente, pero a medida que me iba acostumbrando el ataque era cada vez más tolerable.

Sé que antes dije que el dolor me aterraba, y es cierto. Cualquiera que haya sufrido migrañas puede confirmar que es algo que nunca, jamás, optarías por experimentar por decisión propia. Sin embargo, el intento de robo en el parque supuso un auténtico punto de inflexión para mí. Por un lado, por primera vez fue algo que hice en forma consciente. Las dos veces anteriores no había sido así. Tanto el subte como la cocina del estudio fueron episodios involuntarios, una especie de acto reflejo. Lo del parque fue diferente. Muy diferente. Pese a lo asustado que estaba, cuando vi que la pistola me apuntaba al rostro yo quise lastimar a aquel tipo, lo deseé con toda mi fuerza...y terminó sucediendo. No, en realidad, yo hice que sucediera. Aún no comprendía cómo, pero a la desesperada había terminado provocándolo.

Por otro lado, esa experiencia me convenció al fin de que no estaba volviéndome loco. Al día siguiente, de camino al trabajo, pasé por el lugar exacto en el parque. Había un charco de sangre en el suelo, y más tarde escuché a Mariela preguntar, escandalizada: "Ay, ¿vieron toda la sangre que había en la otra cuadra? ¿Qué habrá pasado?".

Recuerdo que experimenté una extraña y morbosa satisfacción al saberme responsable de aquello. Además, si la sangre estaba ahí y otras personas la habían visto no podía haber lugar a dudas: había pasado. No era algún tipo de alucinación. Había sucedido de verdad. La sola idea me provocó una euforia y una ansiedad desbordantes. Seguía aterrizado, sí, pero a la vez estaba exultante, febril, fuera de mis casillas. ¿Podía ser cierto? ¿Podía ser que yo, nada menos que yo, el último escalafón de la pirámide social, fuera capaz de hacer algo con lo que el resto del mundo apenas sí podía soñar?

Poco más de una semana después lo puse a prueba. No tenía opción. Aún a sabiendas del sufrimiento que podía llegar a acarrearme, había alcanzado un punto en que simplemente tenía que intentarlo. Resultaba escalofriante. Es por lo que un asesino en serie debe pasar antes de matar

por primera vez. Sentirse capaz de hacer algo, desearlo con vehemencia, pero no atreverse a dar el paso por puro temor a lo que pueda suceder.

Así me sentía yo. Y sin duda fue abrumador, ese primer intento. Es una de esas cosas que recuerdo casi como si la hubiera visto desde afuera, como si no me hubiese pasado a mí, sino a alguien más. Era un sábado por la noche, de madrugada. Había comenzado el día con una fuerte migraña, de esas que se desarrollan durante el sueño, y cuando despertás ya están ahí, en toda su gloria. Pero luego de cinco o seis comprimidos y horas enteras tumbado en la oscuridad, con una bolsa de hielo, me sentía lo suficientemente recuperado para intentarlo. No aguantaba más. Tenía que hacerlo.

De modo que ahí estaba, sentado en la cama, inclinado hacia adelante, con los codos descansando sobre las rodillas. Mis ojos estaban fijos en una vieja historieta tirada en el suelo. Pese a toda mi euforia y mi forzada convicción, fue duro dar ese paso. Debo haber estado una hora mirando el cómic, indeciso, anticipando la cuchillada que sabía que vendría. Sudaba y temblaba como un enfermo. Pero al final lo hice.

Nunca seré capaz de expresar con palabras qué es lo que hacía exactamente en esos momentos. Había algo en el interior de mi cabeza. Si no pensaba en ello, no lo notaba, era como si no estuviera ahí. Pero si me concentraba lo suficiente...lo sentía. Era algo flotando como una nube en el centro de mi cerebro. Entonces, con muchísimo trabajo, "movía" eso en mi cabeza, lo llevaba de a poco hacia el frente, hacia el objeto convertido en el foco de mi atención. Al moverlo, al arrojar aquello hacia fuera, escapaba de mi cráneo por la frente y por el ojo. Ahí era cuando el dolor se volvía insoportable. Era como una explosión, tan brusca y violenta que me dejaba paralizado.

Aquella primera vez, cuando al fin tomé el valor necesario, lo hice muy, muy lentamente. No aparté ni un instante la mirada de la tapa del cómic. "Agarré" la nube y la llevé con toda la delicadeza que pude hacia afuera. Funcionó a medias. La historieta no estalló, ni se partió a la mitad como la mano del ladrón, pero sí salió despedida con fuerza hacia un lado, estampándose contra la pared. Yo caí de rodillas al suelo, aullando de dolor, pero...enseguida se detuvo. Me levanté temblando, sujetándome la cara. El ojo me latía con marcadas pulsaciones, y sentía la cabeza espesa, embotada...pero no me dolía. Me hizo recordar a épocas anteriores, cuando era chico, y el acto reflejo de vomitar o desmayarme calmaba las migrañas. La sensación era muy similar.

Me senté en la cama, sintiendo que la boca se me torcía en una sonrisa incrédula. El destello de dolor había sido intolerable, pero breve. Mucho más breve, de hecho. Las veces anteriores fue como si alguien me hubiera hundido un puñal en el ojo para dejarlo allí, retorciéndose, durante varios

minutos. En esa ocasión solo duró unos segundos.

"Puede controlarse..."

¿Podía controlarse?

¡Podía controlarse?

Solté una carcajada histérica, henchido de júbilo. Aún no lo sabía, pero la proyección hacia la historieta había sido lo más suave que podía lograr en ese entonces. Si aprendía a hacerlo con mayor fluidez y sutileza, regulándolo según la necesidad, ¿podría suprimir todavía más el dolor?

Lo intenté una segunda vez aquella noche, también con la revista, pero salió mucho peor que la primera. Apenas logré moverla unos centímetros, y el latigazo fue muchísimo más intenso. Me llevaría semanas enteras comprender que no solo se trataba de suavizar la fuerza de la proyección, sino también de canalizarla en forma "correcta". No pretendo lograr explicar algo que ya de por sí es contra natura, pero una forma sencilla de expresarlo sería la siguiente. Si quisiéramos pasar agua a través de un tubo, dependiendo la cantidad y presión de la misma, su salida sería más o menos potente. Ahora bien, si el tubo está lleno de agujeros, no importa cuánta agua echemos, o con cuanta presión, su salida se va a ver inevitablemente afectada por las múltiples pérdidas y desvíos. Aquí ocurría algo similar. No importaba con cuanta fuerza o suavidad proyectara aquello que estaba creciendo en mi cabeza, si no lo canalizaba correctamente hacia el exterior, los agujeros en el tubo harían que se desparramara hasta el último rincón de mi cráneo. Eso fue lo que pasó en el segundo intento. Poca intensidad, pero una mala canalización. El resultado estaba a la vista: la historieta apenas se movió y yo terminé en el suelo, retorciéndome como un gusano con ambas manos en el ojo.

No hubo más pruebas esa noche, pero las habría. Muchas. Y cada vez más frecuentes.

Llegados a este punto, quizás se pregunten por qué me molesto tanto en explicar cómo funcionaba esto, en lugar de enfocarme en lo que verdaderamente importa: estaba moviendo cosas con la mente. Con la puta mente. A lo Carrie, Once o la insufrible de Jean. Sí, sí, algo imposible, y sin embargo acá estoy, explicando sus vaivenes como si fuera lo más corriente del mundo. Ah, sí, no tengo ni novia ni amigos, todo el mundo me odia y yo odio a todo el mundo, la chica que me gusta no siente más que lástima por mí y no sirvo ni para hablar con la gente, pero, ¿saben qué? ¡Puedo mover cosas con la mente! Y funciona así y asá.

Es irracional, sí, pero ¿cómo debería haber reaccionado? Una persona normal hubiera estado tan aterrorizada que habría terminado por suprimir

todo. Yo lo intenté por un tiempo, pero no funcionó. Estaba demasiado fascinado por la perspectiva como para sepultarlo así sin más. Otros tal vez habrían optado por contárselo a alguien, impulsados por el temor y la incredulidad. Yo no tenía a nadie con quien hablar, y mucho menos con quien compartir semejante locura. Estaba solo, total y completamente solo. Descubrir que era capaz de hacer algo así fue una verdadera epifanía. Me hizo sentir único, diferente. Por fin había algo que me hacía especial, algo que nadie salvo yo podía hacer, y encima era algo tan asombrosamente increíble que ni siquiera parecía real. ¿Por qué podía hacerlo? ¿Por qué yo? ¿Qué tenía yo? ¿Acaso las migrañas que me habían atormentado durante toda mi vida eran en realidad un síntoma, el efecto colateral de algo que se venía desarrollando en mi cerebro desde hacía años? Millones de personas en el mundo sufren jaquecas tan graves como las mías...pero no todos son capaces de hacer lo que yo hago.

Estoy divagando. No importa. Lo importante es que, vencido el terror inicial, me volqué por completo en esto. Intenté aprenderlo, racionalizarlo, saber qué era y cómo funcionaba, cuáles eran sus límites y cómo podía utilizarlo.

Llevaba ya unas dos o tres semanas de práctica cuando decidí que debía ponerle un nombre. Esa parte fue divertida. Podría haberme limitado a llamarlo la "Fuerza", o el "Ki", o el "Resplandor", o cualquier otro término sacado de mis estúpidos hobbies, pero hasta a mí me sonaba idiota. Así que simplemente, de un día para el otro, lo bauticé como el Don.

En el transcurso de esas semanas de práctica me propuse ver hasta dónde era capaz de llegar en el uso del Don sin colapsar. Era aterrador y emocionante a la vez. Objetos livianos como una hoja de papel o una servilleta no suponían gran inconveniente. Podía moverlos de un lado a otro con apenas un pinchazo, muy doloroso, sí, pero que apenas duraba un segundo. Cuanto mayor fuera el peso, y cuanto más quisiera moverlo, más difícil y peligroso resultaba. En una ocasión traté de levantar una caja que me había quedado de la mudanza, llena de libros y porquerías, con resultados perturbadores. No estaba listo, no aún. La caja se puso a temblar como loca, y quizás logré elevarla unos dos o tres centímetros en el aire, pero el ojo me obligó a parar. El dolor fue tan agudo que por unos minutos perdí la visión de ese lado, y no se disipó del todo hasta varias horas después. Una tortura. ¿Por qué no podía simplemente sangrarme la nariz, como en tantas series y películas? ¿Tan cliché sería?

Resultados como el de ese intento me aterrorizaban, pues, pese a que he vivido con migrañas desde que tengo uso de razón, nunca había experimentado ataques como los que me golpeaban cuando me excedía con el Don. Pero no importaba, ya no podía parar. No pasaba un solo día sin que lo pusiera a prueba. Todas las tardes, siempre a la vuelta del trabajo, tonteaba durante dos horas, tres, cuatro. A veces me quedaba dormido tratando de mover tal cosa. Y es que no solo se trataba de mover

algo. Podía empujar, golpear, apretar y hasta romper. Como siempre, cuanto más resistente o pesado fuera el objeto en cuestión más difícil se hacía. Pero estaba aprendiendo, y mucho más rápido de lo que me hubiese podido imaginar cuando acepté que esto era real.

Un punto álgido fue el del mazo de cartas. Era domingo, de noche, unos tres o cuatro meses después del intento de robo en el parque. Estaba sentado a la mesa, junto a los restos de una caja de pizza. Miraba fijamente un juego de cartas, metidas todas dentro de su envase de cartón. Era un mazo de póker nuevo, de cincuenta cartas, que nunca había usado antes. ¿Con quién iba a hacerlo?

Lo primero que hice fue levantarlo lentamente, empujando desde abajo hasta que quedó en posición vertical. Luego empecé a presionar justo en el medio, haciendo contrapresión por el lado contrario, a la vez, para evitar que el mazo simplemente saliera arrastrado hasta el borde de la mesa. El dolor en mi ojo aumentaba cada vez más. Notaba como el Don fluía desde el centro de mi cabeza hacia afuera, hacia el mazo, casi sin "pérdidas". Era mucha fuerza, más de la que me había animado a usar hasta entonces, pero lo estaba haciendo bien. Justo cuando el dolor comenzaba a volverse intolerable, lo conseguí. El mazo se dobló con un sonoro "crack". Cayó hacia atrás, volviendo a su posición horizontal sobre la mesa. Yo me puse de pie. Trastabillé un poco ante el terrible dolor, pero aun así me acerqué a mirar el resultado. Y era el que yo quería. El mazo de cartas tenía un agujero del tamaño de una canica en el centro, el cual lo atravesaba de lado a lado. Lo tomé con cautela y lo levanté. Miré a través del hoyo.

Casi parecía un balazo.

La sola idea me hizo sonreír.

.

Continuará

.

Capítulo 4

Bromas

—Tenés mucho mejor aspecto—me dijo Sabrina poco después—. ¿Te anduviste sintiendo mejor?

Yo le sonreí, encantado.

—Sí, por suerte sí.

Ella se refería a mis dolores de cabeza habituales, por supuesto, los cuales habían tenido una inesperada y desconcertante disminución. Haber descubierto el Don parecía haber influido de algún modo en mis migrañas. Si bien seguían siendo una constante, su frecuencia se había hecho menor. Me gustaba pensar que aquello corroboraba mi hipótesis de que todo había sido un síntoma, una consecuencia del lento desarrollo del Don en mi cerebro. Liberado al fin, sus síntomas empezaban a reducirse. Suena buenísimo, ¿no? Así que no mentí al asegurarle que me andaba sintiendo mejor, porque era verdad.

Los ataques producto del Don, en cambio, seguían ahí, pero eran un sacrificio que estaba dispuesto a hacer a cambio de poder usarlo. Y vaya que lo hacía.

Empecé con inocentadas, idioteces pura y exclusivamente destinadas a joder a la gente. Mi jefa por ejemplo, Anabela. A veces, cuando dedicaba el día a un proyecto en el que ambos estábamos asignados, traía su laptop y se sentaba conmigo a trabajar. Tenía una taza de café color turquesa que a mí me resultaba repulsiva. Tomaba unos sorbos y la dejaba sobre el escritorio, concentrada como estaba siempre en sus cosas. Entonces, asegurándome un mínimo de diez veces que nadie estuviera mirando, me enfocaba en la taza y la movía unos cuantos centímetros hacia un lado. Me provocaba mucha gracia ver cómo fruncía el ceño cuando estiraba la mano y veía que no estaba exactamente donde la había dejado antes.

Empecé a hacer cosas como esa todos los días. En cierta ocasión, Mariela vino a la oficina con un vestido corto, blanco, que todas las chicas le elogiaron con una falsedad para nada evidente. Me la crucé en la cocina, mientras recargaba mi botella de agua en el dispenser. Ella entró sin saludarme, como de costumbre, y, sin siquiera mirarme de reojo, empezó a servirse un poco de café. Yo le sonreí como si fuéramos amigos de toda

la vida.

—Buenas.

—Hola.

Ni alzó la vista. Yo me sonreí aún más al ver que se llenaba hasta el borde la taza. Dio media vuelta y se fue, caminando despacito para no salpicarse. Fue tan fácil que casi no me resultó gracioso. Casi. Sentir que una taza se mueve por sí sola en la mano sería sumamente extraño para cualquiera, así que me concentré directamente en su contenido. Una leve sacudida y el café se volcó con fuerza, cayéndole justo a la altura del estómago.

— ¡Ay, no! —gritó, dejando la taza sobre la mesa. Un manchón del tamaño de una mano se extendió por la tela blanca—. ¿Pero cómo? ¡Mi vestido nuevo!

— ¿Te paso una servilleta? —pregunté con cara de piedra.

—No, no, yo me ocupó.

Me costó un verdadero esfuerzo contener la risa mientras la miraba, ahí arrancando servilletas a lo loco. No pudo limpiar semejante mancha, por supuesto, y hasta terminó pidiendo permiso para irse a la casa a cambiarse, lo cual le negaron, porque tenían una reunión a la media hora. Creo que tuvo que pedir prestada una campera para cubrirse durante toda la presentación. Fue un gran día.

Pero la verdad es que al principio ni me paraba a pensarlo. Nadie era mi amigo ahí. Veía a cualquiera haciendo cualquier cosa y al instante se me ocurrían diez putadas distintas para hacerle. Esteban, por ejemplo, me era completamente indiferente. Era un tipo muy alto y delgado, de aspecto nervioso. Era bastante tímido también, aunque, a diferencia mía, eso no le había impedido hacer unos cuantos amigos dentro de la consultora. Personalmente, creo que nunca habré intercambiado más de cuatro o cinco palabras con él, pero un día me lo topé sacando carpetas y papeles de su locker. Tenía pilas y pilas de viejas presentaciones y balances, todo ahí, amontonado en su casillero, así que, cuando pasé a su lado, no pude evitar echarle una mirada al pilón más alto de carpetas. Los papeles se derrumbaron como un castillo de naipes, desde el locker al piso, desparramando hojas, clips y folios por todos lados. Estuvo casi una hora ordenando todo aquel desmadre, y eso que algunos se pararon para ayudarlo. Yo no. Yo seguí de largo. No lo conocía, ni quería hacerlo. Además, ¿por qué iba a ofrecerle mi ayuda? Yo no había hecho nada. Las carpetas se habían caído por sí solas, haciendo equilibrio como estaban,

todos lo habían visto.

Sí, de ese modo me comportaba con los demás, aunque todavía no empezaba a excederme. Hubo un período de varias semanas de bromas estúpidas como esa antes de que finalmente me pasara de la raya. A Matías trataba de hacerle una o dos por día, mínimo. Tenía un elegantísimo par de zapatos marrones que a mí me gustaban, pero que jamás podría haberme permitido con mi sueldo. Cada vez que se sentaba yo afilaba el Don y le desataba los cordones. Trataba de poner cara de póker cuando se levantaba, echaba a caminar y terminaba agachándose por enésima vez a atárselos. Recuerdo que un día hasta vino con cordones nuevos, diciendo que los otros eran demasiado cerosos y resbaladizos, y que por eso se le desataban.

Yo mientras tanto seguía inventándome cosas para hacerle la vida imposible. Un día expuso no sé qué cosa sobre controles efectivos en uno de esos learning days que tanto me asqueaban. Se veía tan seguro y pagado de sí mismo ahí adelante, con su saco Armani y sus anteojos de marco extra grueso. Hablaba con una seguridad que me enervaba, moviendo el micrófono de acá para allá, y que toda la primera fila de chicas se babeara lo hacía aún peor. Iba pasando las diapositivas mientras exponía, y entonces yo, como un mocoso enrabiado, empecé a hacerlas retroceder. Lo hice unas cinco o seis veces, de modo que llegó un punto en que le resultó imposible avanzar. El auditorio rompió a reír. Matías miraba desorientado del proyector a la notebook, tratando de quedarse en un punto fijo de la presentación. Yo lo encontraba de lo más divertido, hasta que él terminó uniéndose a las risas con un comentario oportuno.

—Bueno, parece que estamos teniendo algunos problemas técnicos con la compu, ¿no? Mejor cortamos acá y sigo yo.

Apagó el proyector y continuó exponiendo con la más absoluta naturalidad. La gente rio ante el comentario, quizás agradecida al ver que se ahorran un poco de vergüenza ajena. Aquello me cabreó, y mucho. ¿Aun haciendo todo lo que podía hacer ese imbécil seguía burlándose de mí? El ojo me dolía bastante cuando le apagué el micrófono con una leve presión. Volvió a activarlo, confuso, y yo se lo volví a apagar. Le pasaron otro, pero ni siquiera pudo encenderlo: le había roto el botón antes de que llegaran a alcanzárselo. Tuvo que seguir la exposición hablando casi a los gritos, lo cual no le impidió terminar. Yo estuve tentado de hacer que tropezara y rodara auditorio abajo, ahí, adelante de todos, pero no me atreví. Eran los primeros tiempos. Aún conservaba algo de decencia y de temor a actuar, por más que nadie sospechara que era yo el que le estaba haciendo la vida imposible a todos. Además, en ese momento el ojo me dolía ya demasiado.

Las cosas siguieron así por espacio de casi un mes. Se volvió una actitud prácticamente compulsiva, empujada por el más obtuso y desvergonzado

sentimiento de desprecio. Si veía a Mariela tomando agua de su botella, en cuanto la dejaba sobre el escritorio tenía que usar el Don para cerrarla a la fuerza. Logros como ese todavía me resultaban muy difíciles, pues era una acción combinada que me requería sujetar firmemente la botella, sin que se moviera en lo más mínimo, y luego girar la tapa con toda la fuerza posible. El ojo me latía horrores, pero era una delicia ver su expresión de espanto cuando intentaba destaparla. La segunda o tercera vez que se lo hice se asustó tanto que se levantó bruscamente y abandonó la sala. Decidí archivar esa broma por un tiempo después de eso, aunque no me detuve. Era demasiado divertido, y yo estaba demasiado amargado. Cuando todos se iban a almorzar cambiaba las cosas de lugar en sus puestos, preguntándome qué pasaría si a alguien se le ocurriera echar un vistazo a las cámaras de seguridad. ¿Se pondrían a hablar de fantasmas o apariciones, o de objetos embrujados que se mueven por sí solos? Francamente, me tenía sin cuidado. No había modo posible en que alguien, si llegaba siquiera a plantearse que no se trataban de un montón de coincidencias, pudiera vincularme a mí con lo que sucedía.

Así que, mientras tanto, yo seguía con lo mío. Miraba fijamente los lockers cerrados con llave, fueran de quien fueran, y desparramaba todo lo que hubiera en su interior. Me quedaba unos cuantos minutos tanteando lo que había dentro del bolso de Mariela, y cuando intuía la forma de un frasco o similar lo destapaba a la fuerza, dejando que el contenido se derramara lentamente. Era encantador ver el momento en que lo abría, y la cara que ponía al descubrir todas sus cosas empapadas en pintura para uñas.

A veces, solo a veces, me quedaba mirando a Sabrina a la distancia. Sentía deseos de proyectar suavemente el Don y acariciarle el rostro, pero jamás lo hice. Yo no podía experimentar el tacto a través del Don, no era como tocar algo con los dedos. "Sentía" cuando golpeaba o empujaba algún objeto, o su forma y dureza cuando lo examinaba, pero no del mismo modo en que lo haría si usara mis manos. Además, Sabrina no se merecía algo como aquello. Hubiera sido deshonesto, irrespetuoso, aborrecible.

Ella se merecía mucho más.

Por esa época fue también cuando Ignacio ingresó a la consultora. Creo que ya lo he mencionado antes, y he de agregar que pocas veces me tocó conocer a una persona tan desagradable. Era un amigo personal de Matías, otro nene de papá, gordo y medio pelado, pero aun así tan fanfarrón y altanero que me resultaba imposible de creer. Matías lo había hecho entrar por intermediación de su padre (era amigo de uno de los socios, o algo así) y se la pasaban todo el día juntos, hablando a los gritos y riéndose como hienas. Al igual que su infecto amigo, "Nacho" era el típico matón que se la agarraba con todos aquellos que fueran más tímidos y débiles que él, una de esas basuras que no dudan en burlarse de

alguien en su cara si con eso pueden figurar y hacer reír a los demás.

En los primeros días tras su ingreso no cruzamos ni una sola palabra, pero me daba cuenta de que me tenía en la mira. Más de una vez lo enganché mirándome de reojo con una sonrisilla en los labios. Luego cuchicheaba con Matías y ambos rompían a reír. La rabia que me llenaba en momentos como ese era cegadora. Ignacio era un pobre tipo, un miserable demasiado estúpido y poco empático para entender lo repulsivo que resultaba como persona. Trataba a todo el mundo de manera arrogante, sin ninguna cortesía, quizás creyendo que era demasiado cool y rico como para tener un mínimo de consideración. Tardé apenas dos o tres días en ponerlo en mi lista negra, y así, todas las pequeñas bromas dedicadas a Matías, a Mariela, a mi jefa y a los demás, pasaron a centrarse en él. Tazas que cambiaban de lugar, cordones desatados, la computadora que se le apagaba mientras trabajaba en algún archivo, lockers hechos un completo desastre, etcétera, etcétera. Lo mejor era que Ignacio se enfadaba que daba gusto con estas cosas. Puteaba y maldecía a los gritos, alzando las manos y aporreando a golpes el escritorio. Me daban ganas de joderlo constantemente, y había días que lo hacía, alentado por la forma en que el dolor iba disminuyendo a medida que me acostumbraba más y más al Don.

Pero ya llegará el momento de hablar largo y tendido de esta abominación de persona. Ahora no corresponde, pues eran los primeros tiempos, e Ignacio no tuvo nada que ver con el modo en que esta etapa llegó a su fin. Eso terminó ocurriendo por algo que, en ese entonces, me resultó bastante inesperado. Fue en un día de lo más tranquilo. Había tenido mucho trabajo esa semana, de modo que casi no había estado haciendo de las mías. De hecho, estaba sentado frente a la laptop con los auriculares puestos, trabajando, cuando Anabela me sacudió por el hombro.

—Javier quiere verte en su oficina.

Javier.

A él también lo mencioné antes, creo. En cualquier otra circunstancia no desperdiciaría ni un minuto de mi vida en hablar de alguien como él, pero bueno, es necesario para lo que viene. Hasta el año anterior a esto, Javier había sido gerente, igual que Anabela. Lo habían ascendido a director con nada más y nada menos que treinta años de edad, y todo el mundo lo odiaba; no solo por lo joven que parecía para el cargo, sino porque era un pedante insufrible que trataba como lacayos a todo el mundo. Era además el principal impulsor del uso de las metodologías flexibles en el estudio. Todas las reuniones y exposiciones que tanto asco me daban surgían directamente por orden de él.

Yo, personalmente, no podía ni verlo. Era un tipo alto que se vestía con remeras y jeans Levis o Lacoste ajustadísimos, pese a que debía estar unos quince kilos por encima de su peso. Llevaba, por supuesto, la barba asquerosa que tan de moda estaba, y unos anteojos que competían en peso y grosor con los de Matías. Hacía rato que había notado como se dirigía con condescendencia y menosprecio a todos, amparado en la convicción de que su cargo lo ponía por encima del resto de los simples mortales. Nunca contestaba un mail o un llamado, y era prácticamente imposible convocarlo a una reunión (un tipo como él estaba demasiado ocupado para nimiedades, por supuesto). Siempre estaba yendo de acá para allá en el edificio, hablando con los socios, tomando café con ellos y asegurándose de que todos lo notaran. Que de un día para otro una persona así me llamara para hablar, a solas, me descolocó bastante, muy a mi pesar.

Su oficina era más grande que mi departamento. Estaba separada de los puestos de juniors y seniors por paredes de vidrio opaco. Golpeé la puerta de cristal para anunciarme. Odio admitirlo, pero en ese momento el corazón me latía a mil por hora. No importa si es pidiendo una hamburguesa en un McDonald's o hablando con uno de los directores de la empresa, mi ansiedad y mi aprensión comunicativa siempre han sido el peor de mis calvarios.

—Permiso, Javi. ¿Querías verme?

—Ay, sí, sí. Entrá por favor.

Entré. La silla frente a su escritorio era cien veces más cómoda que las porquerías que nosotros teníamos a disposición. Se quedó un buen rato ojeando su notebook llena de stickers, sin molestarse en mirarme. Tenía un vaso de los grandes de Starbucks, como no podía ser de otro modo, y le daba sorbitos de tanto en tanto.

— ¿Cómo estás? —me preguntó de repente— ¿Todo bien?

Tenía un timbre alto de voz, aflautado, y hablaba con una tonadita que me sonaba terriblemente snob. Me repugnaba. Todo en él me repugnaba.

—Sí, bien por suerte.

—Me alegro. —Cerró al fin su laptop y me miró, sonriendo con toda la falsedad del universo—. Te mandé a llamar porque me gustaría hablar un poco de tus conductas.

Me quedé de piedra.

— ¿Mis conductas?

—Sí. No te lo tomes como una crítica a tu trabajo, eh. Ana me dice que laborás muy bien y que cumplís.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Sonrió aún más ante la pregunta, pero el destello en sus ojos me indicó que no le había gustado que le respondiera de ese modo.

—Pasa que nosotros acá queremos promover el compañerismo, la agilidad y la inclusión, ser la consultora que ofrece la mejor experiencia social para sus empleados en todo el mercado.

Una respuesta super marketinera, casi enlatada prácticamente. Me quedé meditando un segundo qué carajo quería decir con eso de "experiencia social". Idiota de mí. Resultaba obvio.

—Javi, creo que no...

—Trabajás bien—me interrumpió—, pero el modelo organizacional al que apuntamos le da mucha importancia a las relaciones sociales, el trabajo en equipo y a armar un buen ambiente laboral.

Me causaba cierta gracia que me dijera eso, pues para mí la consultora siempre había sido una especie de escuela secundaria donde al introvertido se lo apartaba a la fuerza y no se lo hacía partícipe en nada. ¿De qué compañerismo, inclusión y relaciones sociales me estaba hablando aquel cerdo fanfarrón?

—La gente me dice que almorzás solo, que no vas a los afters y que no tenés mucho contacto con los demás.

— ¿La gente?

—Sí. Yo me doy cuenta de estas cosas igual, y veo que estás muy apartado, no te mostrás y no participás. Eso incomoda a los otros.

Sentí un hormigueo en las manos. Hasta ese momento había estado un tanto ruborizado, creo, pero en ese instante la sangre me abandonó por completo el rostro. Me puse literalmente pálido de la rabia. ¿Yo incomodaba a los demás? ¿Yo estaba siendo un mal ejemplo? Era dolorosamente consciente de que varias de las cosas que me decía eran ciertas. Yo no me relacionaba. He tenido problemas para hacerlo durante toda mi vida. Pero aun así siempre procuré tratar a todo el mundo con respeto, cortesía y humildad. Es lo mínimo que uno debería hacer al interactuar con quienes lo rodean, sin importar lo mal que te caigan. Pero, ¿qué respeto me mostraban personas como Matías, Mariela o el imbécil de

Ignacio? Ellos nunca me dieron la más mínima oportunidad de participar, de incluirme, de trabajar en equipo o cualquier otra de las mierdas que este tipo me echaba en cara.

Y por otro lado estaba el tema del trabajo en sí mismo. Siempre he sentido que no sé mucho sobre nada, pero todo lo que me han dado para hacer lo he hecho a tiempo y bien, mejor que la mayoría de hecho. Conozco gente dentro de la consultora que me resulta imposible entender cómo conserva el empleo considerando el nivel de sus entregables, pero a ellos no los llaman para tener estas charlas con uno de los directores, no; ellos tienen asegurado sus puestos por el simple hecho de encajar en su mierda de modelo. Porque, ¿qué otro motivo había para que estuviéramos teniendo esa charla sino? Hacés bien tu trabajo, pero tu forma de ser como persona, como ser humano, no es la que queremos para la organización. Gracias, vuelvas pronto. Era un warning.

—Así que nada, pensalo bien, y a ver si cambiamos un poco de actitud de ahora en más.

No dije nada.

— ¿Sí? —siguió Javier— ¿Estamos de acuerdo?

— ¿Puedo retirarme?

—Hey, pará, no te enojés. ¿Te enojaste?

—No, para nada. Pero me diste bastante en qué pensar.

—Bueno, dale, andá tranquilo. Nos vemos.

—Nos vemos.

Salí de la sala, apretando los puños, y todo podría haber terminado ahí. Podría haberme ido de vuelta a mi puesto a sentarme y a amasar toda mi rabia, pero no lo hice. En lugar de eso me di vuelta y miré a Javier a través de las paredes de cristal de su enorme y pomposa oficina. Estaba ahí, frente a su laptop, tomándose su moca-late-frapo-lo-que-fuera de Starbucks. Sonreía.

Mentiría si dijera que fue un acto reflejo, o que no lo pensé, porque no es así. Lo hice total y completamente por propia voluntad. Fue mi decisión. Desvié la mirada hacia la cómoda silla en la que estaba sentado, enfocándome en las patas de plástico. Fue todo un logro, he de decir. Concentrar el Don lo suficiente como para romper un material tan duro me dejó hecho polvo. Recuerdo que trastabillé un poco y que me sujeté a una de las paredes, temiendo que el ojo me estallara ahí mismo. No sucedió. En cambio, pude escuchar un crujido descomunal, seguido de un

alarido que me heló la sangre.

Alcé lentamente la mirada. Una de las patas de la silla se había roto en su base, partida por la mitad, dejando un borde afilado y dentado como el filo de un cuchillo. Javier había caído de espaldas con todo su peso, que no era poco, y, en el camino, una de sus piernas se había llevado puesta la puntuda rotura del plástico. Sus gritos eran ensordecedores. Se había abierto un profundo corte que iba de la rodilla a la cara interna del muslo, prácticamente hasta la ingle. Observé fascinado la sangre que empezaba a empapar sus jeans y la alfombra. Era mucho más roja de lo que nos suelen mostrar en las películas, y prácticamente podía olerla, ese hedor acre y metálico.

Eso es lo último que recuerdo con claridad, la sangre. Luego, de improviso, había un montón de gente correteando alrededor de la oficina, intentando levantar a Javier, presionando la herida mientras pedían a gritos que alguien llamara una ambulancia. Todos se amontonaban en torno a la puerta de vidrio, ya fuera por morbo, para curiosear o para intentar ofrecer algo de ayuda. Yo estuve a punto de hacerlo también, impulsado por la estúpida idea de que había que guardar las apariencias, pero... ¿qué apariencias? Si alguien hubiera estado mirando hacia la oficina de Javier, no habría visto más que la silla rompiéndose bajo su enorme culo. Nada más.

Así que me di vuelta y me fui. A mis espaldas había una persona aullando de dolor en medio de una cacofonía de gritos y un mar de su propia sangre, pero, incluso así, todavía no era consciente de que me había pasado de la raya. Quizás estaba un poco en shock al ver resultados tan directos de lo que podía hacer, pero no importaba. Muy pronto sería consciente de lo que había hecho.

Y de lo que suponía.

.

Continuará

.

Capítulo 5

Retribuciones

Para ser un día laboral, era bastante tarde ya, poco más de las diez de la noche. Hacía frío, y la fina cortina de llovizna no lo hacía más llevadero. Claro que algo como la lluvia ya no me molestaba. Ni siquiera me mojaba. Las gotas de agua rebotaban contra la suerte de escudo invisible sobre mi cabeza, derramándose inofensivas hacia los lados. Usos del Don como ese se habían vuelto algo prácticamente habitual. Ni siquiera tenía que concentrarme demasiado, y el pinchazo en mi ojo era apenas una molestia. Completamente tolerable.

Me llevé tres comprimidos de ergotamina a la boca, por las dudas, y luego miré hacia ambos lados de la calle. No había prácticamente nadie. Unos pocos autos pasaban de tanto en tanto, levantando nubes de agua sobre las aceras, pero nada más. Al frente, del otro lado de la calle, estaba el bar. Veía las luces encendidas a través de las ventanas y escuchaba el ajeteo de las risas y la música. Matías, Mariela, Ignacio y hasta Sabrina estaban ahí desde hacía un par de horas. Esteban aún no llegaba. Había dicho que tenía un compromiso y que pasaría más tarde.

Creo que no hace falta explicar por qué yo no estaba allí con ellos. Basta decir que llevaba cerca de media hora abajo del agua, esperando que Esteban llegara al bar y se sumara al after. Ya remarqué que no tenía nada en contra suya, lo cual es cierto. Esteban y yo fuimos siempre completamente indiferentes. Él formaba parte del grupo de Matías y de Mariela, y supongo que el sentido de pertenencia a ese grupo, el deseo de querer seguir formando parte de él, fue lo que lo llevó a actuar así aquel día.

Fue durante la tarde, poco antes del horario habitual de salida. Yo no tenía ni idea, pero habían organizado un after para salir a tomar unos tragos a este bar, a pocas cuadras del estudio. Mariela iba por ahí, toda sonrisas, preguntando a dedo quién quería sumarse. Sabrina, que estaba sentada cerca mío, le dijo que sí. A mí no me preguntó nada. Estaba ahí, justo en frente suyo, pero siguió de largo como si yo no existiera. Ya en ese momento decidí que tenía que hacerle algo, quizás empujarla para que tropezara, o romperle el tacón del zapato, pero justo en ese instante se detuvo ante Esteban.

— ¿Y vos Estebi? ¿Venís?

Él se llevó una mano a la nuca.

—Huy, justo tengo que pasar por lo de un amigo a buscar algo a la salida...

—Ay, pero viniste en la moto hoy, ¿no?

—Sí.

—Entonces pasate un ratito cuando salgas de lo de tu amigo. ¡Vamos a estar todos!

Ese "todos" no me incluía, por supuesto.

—Bueno, voy a tratar.

—No, tratar, no. —Mariela se cruzó de brazos en actitud coqueta—. Hace mucho que no salís con nosotros. No te vemos nunca, tenés que venir. ¿Vas a venir?

Todos lo estaban mirando, hasta yo, que no tenía nada que ver. Él me devolvió la mirada de reojo.

—Bueno, dale, voy. Al fin y al cabo, yo no soy un ermitaño como algunos.

Todos se echaron a reír. Hasta Sabrina esbozó una pequeña sonrisa, y eso fue lo peor. Esteban, por su parte, ya no me miraba, aunque yo sí a él. Era la primera vez que se burlaba de mí. No había ninguna necesidad de un comentario como ese, pero creo que, en su razonamiento interno, debió concluir que era la salida fácil. Él también era bastante callado e introvertido, y lo estaban poniendo a prueba. Lo estaban cuestionando frente a todos. ¿Solución? Desviar la atención hacia el blanco más fácil. Supongo que yo no hubiera hecho algo así de haber estado en su lugar, pero hasta cierto punto lo entendía. No lo aprobaba, pero lo entendía. Fuera como fuera, Esteban acababa de cometer un muy grave error. Solo no se había dado cuenta aún.

—No les hagas caso. —Sabrina puso una mano sobre mi hombro. Seguía sonriendo, pero no había malicia alguna en su expresión—. Lo dicen en broma.

—No te preocupes. No pasa nada.

— ¿Querés venir con nosotros?

—No me invitaron.

—No importa. —Sabrina sonrió aún más, lo cual le marcaba los hoyuelos de un modo encantador—. Te estoy invitando yo. Venís conmigo y listo.

Pequeños gestos como ese significaban muchísimo para mí. Pero la idea de verme sentado en un ambiente que no me era nada familiar, rodeado de gente a la que odio, me revolvía el estómago. Y sí, estaba Sabrina, pero ¿qué iba a hacer ella? ¿Quedarse al lado mío toda la noche, sin hablar con nadie más? Podía imaginarme ahí con un vaso en la mano, viendo como todos los demás charlaban y reían, incapaz de sumarme a la conversación, quedando en ridículo cada vez que lo intentaba. No. No podía. Era exactamente lo mismo que en la secundaria, cuando mis compañeros salían a bailar u organizaban fiestas y reuniones en sus casas. ¿Por qué no iba? No porque no quisiera, o porque no anhelara la aceptación de los demás, sino porque estaba aterrado. El mismo lamentable, trasnochado e inmundado temor de siempre.

—Gracias, Sabri...pero no puedo. —Señalé mi laptop—. Tengo que terminar esto para mañana.

— ¿Seguro?

"No."

—Sí.

—Qué lástima... Bueno, yo voy a ir saliendo ya. Te veo mañana.

Ese "qué lástima" fue tan dulce como doloroso. Dulce porque por un momento me hizo creer que de verdad lamentaba que yo no pudiera ir, y doloroso porque me recordaba que yo no era nada para ella; nada aparte de un pobre tipo que apenas le inspiraba algo de compasión. Era patético.

—Nos vemos mañana, Sabri.

Los demás no se molestaron en saludarme. Tomaron sus cosas y se marcharon. Recuerdo que Ignacio me dedicó una mirada de reojo, medio sonriéndose, pero no le presté atención. Ya le llegaría su turno.

Ese día me quedé hasta bien tarde, a propósito, y cuando salí ya se había hecho de noche. Caminé bajo la llovizna hasta el bar donde se celebraba el dichoso after. Me desilusionó un poco no ver el nuevo Audi TT de Matías en la entrada. Seguramente lo había dejado en el estacionamiento de la consultora, a apenas un par de cuadras, lo cual era una verdadera pena. La moto de Esteban tampoco estaba a la vista. No había llegado aún, parecía, así que esperé. Esperé cerca de media hora, de hecho, con la vista fija en el cartel luminoso del bar. Las pocas personas que pasaban a esas horas me dirigían miradas furtivas. Ver a un flaco alto de camisa y pantalón de vestir, parado inmóvil bajo la lluvia, debía ser bastante

extraño. Creo que alguno hasta llegó a notar que el agua no me mojaba, más extraño aún, pero por primera vez en mi vida muchas cosas empezaban a traerme sin cuidado. Esa sensación (que tan maravillosa me parecía entonces) se volvería cada vez más y más fuerte.

Aquella noche, cuando Esteban al fin llegó al bar, me estaba regodeando en ella.

Tenía una moto Yamaha azul, creo que no demasiado costosa dado nuestros sueldos, pero impresionante a la vista. No entiendo mucho de motos, ni de coches, ni de mecánica en general, pero aquella era una buena pieza. Esteban le tenía un gran aprecio, no al mismo nivel que Matías, impulsado por su obsesión enfermiza con los autos, pero estaba muy orgulloso de tener una moto así. Recuerdo que la dejó en la entrada, la aseguró con cuidado e ingresó al bar. Yo esperé unos diez o quince minutos más afuera y luego sonreí. Estoy seguro de que sonreí antes de echar a caminar calle abajo, alejándome del lugar.

Miré por encima del hombro.

¡Qué hermoso hubiera sido! ¡Qué bello que alguien pasara por ahí en ese preciso instante y viera lo que ocurría, que supiera que era yo, solo yo, el responsable de aquello!

Fue brutal. Fascinante y brutal. Una delicia. El chasis de la moto se dobló hacia adentro con un quejido metálico, los caños crujieron y saltaron con fuerza por los aires. El asiento se rajó con el sonido propio de una tela rasgada por un cuchillo. La alarma resonaba en la noche, estridente. Todo el conjunto destrozado se elevó unos centímetros en el aire cuando, con un estruendo final, estalló separado en dos mitades.

Vi como salían del bar. Vi a Esteban contemplando incrédulo lo que quedaba de su moto, a Ignacio y a Matías de pie tras él, el primero sujetándose la cabeza con ambas manos, el segundo boquiabierto y con cara de imbécil. Ninguno me vio. Estaba muy lejos ya, en la esquina opuesta, de espaldas a ellos. Y es que me había vuelto así de bueno. Ni siquiera necesitaba estar del todo cerca. Había alcanzado un punto en el que despedazar una motocicleta de doscientos kilos no me provocaba más dolor que partir la pata de plástico de una silla. Sí, lo que le hice a Javier, ese fue el verdadero punto de no retorno. Había comprendido al fin la magnitud de lo que había hecho ese día, y no me importaba en absoluto. No sentía ningún remordimiento. Yo podía hacer lo que quisiera. Podía malherir a una persona de desearlo y nadie nunca lo sabría. No había consecuencias, el mundo era mío. ¿Qué importaba si de cara a todos era el marginado, el hazmerreír, el tipo raro con el que nadie quería hablar? Yo podía hacer cosas con las que ellos ni siquiera soñarían. Podía matarlos de así quererlo. Nunca nadie jamás volvería a pasarme por arriba. Pagarían hasta la más mínima ofensa, y ahí estaba el resultado, a

la vista, tumbado en dos mitades humeantes sobre la vereda.

Sí, así era como pensaba. En esa clase de persona me había transformado. Las cosas que el Don me permitía hacer... Era como una droga, una inyección de poder e impunidad sin límites, de libertad absoluta; una dosis cuyos efectos eran más y más poderosos con cada día que pasaba. Solo un mes después de lo de Javier, ya era capaz de triturar un trozo de madera sin demasiadas complicaciones. Miraba fijamente una manzana y la alzaba en el aire, haciéndola girar lentamente. Entonces presionaba, arriba y abajo, haciéndola estallar como un globo. Si algo era demasiado pesado o no empezó a dejar de ser un problema. Cierta vez, mientras sacaba unas hamburguesas del congelador (mi cena habitual), me quedé mirando la base de la heladera durante un largo rato. Dejé que el Don llenara lentamente el espacio libre entre esta y el suelo, sopesando, evaluando, y entonces empujé hacia arriba. Logré levantarla casi un metro en el aire antes de que el dolor me obligara a parar. Sí, el dolor seguía allí, siempre. Pero el límite de lo que podía hacer antes de que se volviera intolerable no dejaba de crecer. Una noche, empujé un auto con el freno de mano puesto casi diez metros calle arriba, siempre en pendiente. Podía golpear un muro con fuerza suficiente como para agrietar el concreto. Había un desarmadero en una parte bastante turbia de la ciudad al que empecé a ir con cada vez más frecuencia. Los autos viejos y oxidados se convertían en verdaderos conejillos de indias en los que experimentaba todas las posibilidades.

Semejantes portentos harían sentir invencible a cualquiera, quiero creer, pero que no haya lugar a malentendidos. El Don era como una droga en un sentido plenamente metafórico. Sí, es cierto que no podía estar un día sin usarlo y sin forzar cada vez más sus límites, pero que nadie piense que era una fuerza que se apoderaba de mí y me controlaba, o alguna mierda por el estilo. Al final del día era yo el que decidía cómo utilizarlo. Era yo el que, sabiendo que no habría consecuencias, optaba por no perdonar, por no seguir adelante, por experimentar por primera vez en la vida el sentimiento de superioridad.

Eso terminó por reflejarse tanto en mi imagen como en mi comportamiento. Yo estaba por encima de los demás, en un modo único y clandestino, sí, pero por encima al fin. Ya nadie podía imponerme nada sin sufrir las consecuencias. Javier regresaría a la oficina casi al final de esta historia, luego de pasar dos veces por el quirófano. Nadie volvió a plantearme nada acerca de mi comportamiento en el trabajo. Llegaba a la hora que se me antojaba y me iba cuando quería. Venía con la ropa arrugada, la camisa afuera y el pelo hecho un desastre. Empecé a encarar a todo el mundo con una mirada pendenciera y desafiante a todo momento, y pobre de aquel que se animara a devolvérmela. Matías, Ignacio y Mariela seguían siendo las víctimas habituales de las cosas que se me ocurrían a la pasada. A Esteban lo dejé tranquilo por un tiempo después de lo de su moto, y Anabela, que tenía encima algunas de las

responsabilidades de Javier tras su "accidente", estaba tan ocupada que casi no la veía. De tanto en tanto me armaba escándalo por mi pésima imagen, o por mi actitud repentinamente despreciable, pero yo estaba por encima de esas cosas.

Por primera vez en mi vida tenía el control.

Y ya no me preocupaba en moderarme.

Un solo suceso lo expresa a la perfección. Estaba en la cocina del estudio, almorzando a solas como siempre. Quizás el control excepcional del Don justificara mi actuar tan despreocupado y repulsivo, pero, a fin de cuentas, era un secreto, algo que solo yo sabía. De cara a los demás seguía siendo el mismo pobre diablo al que no invitaban a los afters y que almorzaba, llegaba y se iba solo. Aquel día fue una de las pocas excepciones. Iba por la mitad de mis sobras de pizza cuando Sabrina entró en la cocina. Sonrió al verme.

—Hey, ¿cómo va?

—Hola Sabri.

—Voy a calentar esto. — Sacó un tupper de su bolsa—. ¿Te molesta si almuerzo acá con vos?

Sonreí como un idiota. ¿Cómo iba a molestarme?

—No, no, sentate.

—Uy, qué rico una porción de pizza...—suspiró mirando mi plato—. Yo, en cambio, pollo a la plancha con arroz. Y justo acá a la vuelta abrieron un nuevo local de sushi que tiene una pinta...

— ¿Te gusta el sushi?

— ¡Me encanta! Pero bueno, estamos cerca de fin de mes, hay que cuidar el bolsillo. Así que pollo con arroz.

Estuve a punto de decirle que podíamos ir a ese local al día siguiente, juntos, pero me mordí la lengua. Don mediante o no, hay cosas que nunca cambian. Tampoco es que sea muy aficionado al pescado crudo, pero me comería cincuenta piezas yo solo con tal de hacerla feliz.

— ¿Cómo vienen las cosas? —me preguntó—. Hace bastante que no hablamos, ¿no?

Hacía bastante que no hablaba con nadie. Pero Sabrina era diferente. Yo no se lo ponía fácil, y aun así ella siempre intentaba mantener un mínimo

de contacto conmigo. Había sido así desde que nos conocimos en aquella asignación compartida, en la que descubrí la maravillosa persona que era.

—Todo bien, por suerte—dije—. Con mucho trabajo.

—Y sí, me imagino. Sobre todo ahora que Ana tomó algunos de los temas de Javier, ¿no?

—Claro. Le estoy dando una mano con eso. Javier tenía casi todos los proyectos de metodologías ágiles, y eran unos cuantos.

—Qué cosa lo de Javier...—

Sabrina hizo una pausa. Su expresión se había vuelto temerosa de repente—. Mirá que accidentarse así... Qué cosa rara...

— ¿Tiene para mucho de recuperación?

—Sí, un montón. Nacho me dijo que parece que el corte le alcanzó esta arteria importante que tenemos en el muslo. ¿Cómo se llama?

— ¿La femoral?

—Esa. Parece que van a tener que operarlo.

Estaba bien al tanto de eso, aunque me importaba un carajo. Me hice el tonto de todas formas.

—Ah, mirá, no sabía... Igual, tampoco es que haya sido algo muy raro. Se le rompió la silla, esas cosas pasan. Viste el estado en el que están, además. Me sorprende que no se nos rompa una por día.

—Sí, ya sé, pero igual... —Sabrina revolvió un poco su arroz, mirando de reojo hacia los lados—. Están pasando cosas raras en el estudio últimamente.

— ¿Raras? —De eso sí que no había escuchado—. ¿Cómo que raras?

—Mirá...a mí por suerte no me pasó nada hasta ahora, pero algunos de los chicos me dijeron que a veces les pasan...cosas.

— ¿Qué clase de cosas?

—Y no sé... Como que se les apagan solas las computadoras, o encuentran sus cosas cambiadas de lugar en los lockers. Cosas así. Ah, y Maru me contó que una vez estaba tomando agua, y que cuando volvió a agarrar la botella la tapa se le había cerrado sola. —Sabrina me miraba

con los ojos muy abiertos—. Qué sé yo, a mí me da miedo. Mirá si hay algo raro acá en el piso.

Esta vez no pude evitar reírme.

— ¿Algo raro? ¿Cómo qué? ¿Un fantasma?

—Ojalá que no. Yo le creo a los chicos, y te deja pensando la verdad. Además está lo que le pasó a Esteban la otra vez... Bueno, justo vos no estabas, pero algo debés haber escuchado, ¿no?

—Sí. —Torcí la boca—. Algo oí.

—Te juro que no pasaron ni veinte minutos desde que él entró al bar hasta que escuchamos todo el ruido afuera. Yo salí a mirar después, y vi cómo estaba la moto. —Me daba algo de pena ver lo asustada que parecía Sabrina, pero la dejé seguir. Sacando aquel comentario aislado sobre la sangre en el parque, era la primera vez que oía a alguien hablar de los resultados de algo que había hecho con el Don. Estaba fascinado—. La habían partido a la mitad. ¡A la mitad! ¿Cómo partís al medio una moto en quince minutos?

—Ni idea.

—Parece que el seguro no se lo quiere pagar encima, porque no puede explicar bien qué fue lo que pasó.

—Sí, me imagino. Aunque, Sabri, eso fue afuera del estudio.

— ¿Y?

— ¿Lo incluirías dentro de tu lista de cosas raras que pasan acá adentro?

—Bueno, no, pero...

—La verdad es que yo tampoco vi ni me pasó nada raro. —Me encogí de hombros, sonriéndole—. Me parece que los chicos están exagerando un poco.

—Sí...eso espero. —No parecía muy convencida—. Lo que pasa es que yo soy bastante miedosa, ¿viste? y me cuentan estas cosas acá, en el trabajo, que vengo todos los días, y me pongo mal.

Sabrina era una de las pocas personas del piso a las que jamás había mortificado con el Don. Hasta ese momento no me había imaginado que mi accionar pudiera perjudicarla, por más indirecto que fuera. Lo interesante, por decirlo de alguna manera, era que ahora que lo sabía tampoco estaba dispuesto a detenerme. Yo jamás le haría daño. Tendría

que conformarse con eso.

—Bueno, pero cambiemos de tema mejor, porque posta que me da miedo.

—Cerró su tupper, cruzó las manos y me sonrió, radiante—. ¿Vos cómo estás? ¿Andás con muchos dolores de cabeza de nuevo?

—Mmm...no. No tanto. ¿Por?

—Ah, porque hace un tiempo te veía medio decaído, y me habías dicho que era porque andabas con mucha jaqueca.

Para ser sincero, por la época en la que esta conversación tuvo lugar mis migrañas continuaban con su maravilloso proceso de aletargamiento. De cualquier modo, el mensaje de Sabrina era claro. Hacía solo unos meses, cuando todavía no entendía lo que me estaba pasando, había tenido un período desenfrenado de actividad con el mero propósito de distraerme. Eso había afectado visiblemente mi imagen. Luego, en mi etapa de "bromista", con un humor ya mucho más saludable, volví a tener el aspecto y el comportamiento de siempre. Y ahora, que directamente me sentía superior a todos al poder juzgarlos desde la clandestinidad, volvía a estar hecho un desastre. Pero había una diferencia: antes, todo se había debido pura y exclusivamente al estrés y al desgaste. Ahora era porque sencillamente había dejado de importarme una mierda cuanto me rodeaba. De ser el Narrador del Club de la Pelea, esta sería la parte en la que me convierto (o creo haberme convertido) en un Iluminado. Inamovible, imperturbable. Una vaca sagrada. Cosas que obviamente no podía, no quería, ni debía contarle a ella.

—Ando un poco mejor de mis migrañas—dije con cautela—. Pero con demasiado trabajo. Estoy medio estresado, la verdad.

—Sí, me doy cuenta. Encima la estás ayudando a Ana con los temas de Javier...

—Ajá. Creo que me vendrían bien unos días de vacaciones.

— ¿Y por qué no te pedís? Como para cortar un poco. Creo que sos el senior que más ocupado estuvo en todo el año.

—Me encantaría, pero no me quedan días para pedirme.

—Uhhh que cagada...—Sabrina se recostó en el respaldo de su silla, mirándome—. ¿Sabés lo que te vendría bien entonces? Un proyecto como el que nos asignaron esa vez en Guayaquil, ¿te acordás?

Mucho. Lo recuerdo muchísimo. Ahí fue que nos conocimos. Ambos teníamos apenas un par de meses en la firma y nos enviaron dos semanas a un cliente en Ecuador, a mitad del verano. Fueron los mejores días que

tuve en toda mi experiencia en la consultora. Hasta ese entonces Sabrina y yo casi no habíamos hablado, pero en ese proyecto trabajamos juntos todos los días y, por una vez, mi accidentada forma de ser no me impidió socializar. No fue un derroche exagerado de conversaciones, risas y buena onda, ni llevó a algo físico entre ambos (qué va...), pero para lo que venía siendo mi experiencia con mujeres fue todo un avance. Volvimos de ese viaje habiendo cultivado la suerte de amistad que, creo, aún mantenía con ella.

—Cómo trabajábamos—sonrió Sabrina, acariciándose el pelo—. De ocho a siete de lunes a viernes, sin parar, pero después teníamos las cenas pagas en esos tremendos restaurantes y...

—Y la pileta y el spa en el hotel.

— ¡Eso! ¡Con el calor que hacía! Encima podíamos ir a recorrer la ciudad el fin de semana, ir a la playa, y el hotel era hermoso.

—Y pagaba la consultora.

— ¡Sí! ¿Ves? Eso es lo que necesitamos, otro proyecto así juntos, que sí, trabajábamos un montón, pero a la vez podías desconectar un poco y hablar, y...

—Bueeenas.

Me encantaba lo que estaba diciendo. Hubiese matado por terminar de escucharla, pero en ese momento llegaron Matías e Ignacio. Matías e Ignacio. Ambos con sendas bolsas de papel de McDonald's. Sabrina sonrió.

—Hola chicos.

—Hola Sabri.

Se sentaron a la mesa, para mi total y completo horror. Siempre he pensado que Sabrina es una de esas personas que no alberga ni inquina ni malos pensamientos hacia nadie. Era la chica más dulce y amable que he conocido, y trataba del mismo modo a todo el mundo, sin hacer distinciones. Los incorporó a la charla con toda cordialidad, y ellos, que no tenían inconvenientes verbales como yo, se sumaron. En apenas unos segundos ya estaban teniendo una divertida conversación de la que yo no podía ni quería participar, pese a que ella intentó subirme un par de veces.

Creo que soporté un par de minutos en silencio hasta que ya no pude más. Tomé mi plato y me levanté...pero he aquí el porqué de todo este segmento del relato, y no me resulta para nada agradable tener que

contarlo. Ignacio, al ver que me iba, sonrió y volvió su gorda cara hacia mí.

—Pará, pará—dijo sacando su celular para apuntarme—. ¿Podés hacer así?

Cerró la mano, extendiendo el índice y el pulgar en forma de L, y luego colocó ambos dedos unos centímetros bajo la barbilla. Yo, perplejo por lo repentino y extraño de la petición, imité el gesto como un idiota.

— ¿Así?

Ignacio me sacó una foto. Debe haberlo hecho, porque, al segundo, él y Matías reían como estúpidos señalando el celular. Sabrina los miraba con una sonrisa un tanto nerviosa. Yo no entendía nada, hasta que Ignacio anunció, triunfal:

— ¡Listo! A partir de ahora te vamos a decir el Loco Metralleta.

El Loco Metralleta.

Sentí que palidecía, igual que aquella vez en la oficina del gordo inmundo de Javier. El chiste era una mierda, y el razonamiento para llegar a él, peor aún, pero a Ignacio, esa retorcida larva infecta, debía parecerle el colmo del ingenio. Él había ingresado hacía nada a la consultora, no me conocía en absoluto, pero claro, un tipo callado, introvertido y sin amigos, ¿no?; es lógico que un día va a caer en la oficina con una Uzi y nos va a volar la cabeza a todos. Que gracioso.

—Ay, chicos, malísimo—dijo Sabrina, aunque sin desarmar su sonrisa.

Yo no recuerdo si dije algo o no. Ni siquiera recuerdo haber abandonado la cocina. De repente estaba sentado frente a mi laptop, pensando, elucubrando. La decisión fue prácticamente inmediata.

Tuve que esperar a que fuera el horario de salida. Como estábamos en un tercer piso, por lo general subíamos en ascensor pero bajábamos por la escalera de incendios, para ahorrarnos la espera. Bueno, "bajábamos". Yo siempre abandonaba la oficina una vez que todos los demás se habían ido, para no tener que cruzarme con nadie. Pero no ese día.

Cerca de seis y media, vi que Matías, Ignacio y Mariela agarraban sus cosas, saludaban y se encaminaban hacia el hall de entrada. Los seguí. Fingí que esperaba el ascensor, aparte, pero cuando los tres abrieron la puerta cortafuegos, fui directo tras ellos. Iban hablando, riendo, haciendo comentarios idiotas acerca de lo que habían hecho el fin de semana. Matías y Mariela me ignoraron completamente, pero Ignacio me miró un momento por encima del hombro y sonrió, burlón. Estábamos

descendiendo los primeros escalones, así que yo le devolví la sonrisa.

Luego lo empujé.

Fue una leve presión detrás de la rodilla, en la corva, pero bastó para empezar. Ignacio soltó un grito agudo, manoteó unos instantes en el aire, intentando sujetarse a las barandas, y cayó. Matías hizo ademán de ir a agarrarlo por el brazo, pero fue todo tan repentino que no llegó a tiempo. Su gordo corpachón rodó escaleras abajo, chocó con un ruido seco contra el entrepiso y siguió rebotando como una pelota con brazos y piernas. Se detuvo por completo recién en el siguiente entrepiso, a mitad de camino entre la segunda y la primera planta. Un par de escalones por debajo mío, Mariela se llevó ambas manos a la boca, horrorizada.

— ¡Nacho!

Ella y Matías descendieron a trompicones. Yo lo hice a un paso mucho más tranquilo, observando atentamente. Unos tenues quejidos me llegaban desde más abajo. Me hicieron pensar en los sollozos de un nene pequeño, nada que ver con el tono arrogante, fanfarrón y despreciable al que tan acostumbrado me tenía.

"A que no resulta tan gracioso ahora, ¿no gordo de mierda?"

Cuando llegué al entrepiso, Matías y Mariela intentaban levantarlo entre los dos del duro suelo de concreto. Les estaba costando bastante. Noté que Ignacio tenía un moretón del tamaño de un huevo en la frente, pero lo más llamativo era el bulto que sobresalía al menos diez centímetros por encima de su rodilla derecha, presionando bajo la tela del pantalón. Toda el área en torno al bulto estaba roja, ese rojo que nunca logran conseguir del todo en las películas.

— ¡Nachi! ¿Estás bien? ¡Nachi!

Me detuve frente a ellos, sacando mi celular del bolsillo.

— ¿Les llamo una ambulancia?

.

Continuará

.

Capítulo 6

Desenlace

Me recosté sobre el capó oxidado y destartelado del viejo Fiat Uno, con ambas manos cruzadas a la nuca. Arriba, en el cielo, las estrellas brillaban tímidamente tras el turbio aire de la ciudad. Era sábado, cerca de medianoche. Seguramente Mariela, Matías, Sabrina, Esteban y muchos otros se preparaban para salir a bailar y emborracharse. Sí, Sabrina también, seguramente. Después de todo, es vital para una persona normal hacer este tipo de cosas, así los lunes tienen motivos para presumir sobre lo bien que la pasaron, lo mucho que tomaron y lo ebrios que se pusieron. Eso no solo te hace ver normal, sino que demuestra lo cool y atrevido que sos. Sí, sí, tremendo pedo me agarré. Ja ja. Qué loco. Yo en cambio, tirado sobre un cacharro en aquel desarmadero cuasi legal, no me preparaba para nada que forme parte de la normalidad, ni remotamente.

Me senté sobre el capó, contemplando el cementerio de coches que me rodeaba. Reconozco que me brindaba cierto consuelo saber que había dos personas que no podrían salir a ningún lado esa noche, tirados como debían estar en sus camas de hospital, con diversos grados de lesión en las piernas. Porque, para ellos, ese era también el concepto de normalidad en un fin de semana, y me alegraba sobremanera habérselos arruinado.

Para mí era diferente. A mi solitaria monotonía se habían sumado los contornos herrumbrosos de algún coche abandonado. Era una zona bastante jodida, pero no me importaba. Casi rogaba que alguien se atreviera a asaltarme cada vez que iba al desarmadero. Una vez que te metías en él la tranquilidad era absoluta. Nunca había nadie por ahí, si no contábamos a algún que otro gato desnutrido o a un perro sarnoso. Era para mí un enorme campo de tiro donde probar y afinar puntería.

"Así"

Me acerqué a un viejo 504, con sus neumáticos reventados y su chasis rojo de óxido. Empecé con los espejos retrovisores. Había aprendido que acumular masivamente el Don y luego liberarlo de golpe podía tener el efecto equivalente a una honda. Al principio tenía menos fuerza que un escupitajo, pero había ido mejorando. El retrovisor derecho estalló como golpeado por un martillo, seguido por el izquierdo. Luego me enfoqué en el parabrisas. Fue fácil, porque ya estaba bastante astillado, pero aun así me complació ver la lluvia de cristal de seguridad esparcirse por todas partes. Por último, la presión. Eso era lo más difícil. Podía aplastar el capó y hundir puertas y techo, pero nunca lo suficiente como para transformar

el auto en una bola gigante de metal, que era lo que quería. El dolor me frenaba antes. No importaba. Estaba seguro de que si seguía así algún día lo lograría. Cada vez que lo intentaba estaba un poco más cerca, el límite de lo que podía hacer era cada vez más lejano. ¿Ganaría algo de conseguirlo? No, para nada. Pero ya saben. Todos hemos tenido alguna vez esa vuelta a casa, luego del trabajo, tras horas interminables de aburrimiento, prepotencia, trenes, jefes y colectivos; vueltas en las que lo único que queremos es desquitarnos como sea, liberar todo el estrés, la bronca y el resentimiento.

Todos hemos querido romper algo alguna vez.

Yo lo hacía. Del modo menos convencional posible, pero lo hacía. Y créanme que era una delicia reventar de a poco un auto imaginándome que Matías, Ignacio, Javier y Mariela estaban dentro. Quién pudiera.

Respecto a ellos, en los días posteriores al "accidente" de Ignacio noté un cierto cambio de actitud hacia mí. Esteban me evitaba a toda costa. Las dos o tres veces que solíamos saludarnos por semana se redujeron a cero. Con Mariela era aún más alevoso. Antes me ignoraba en forma prácticamente sistemática; ahora, simplemente daba media vuelta y se marchaba si entraba a la cocina y yo estaba ahí. La veía doblar en una esquina o meterse en alguna sala de reunión si nos topábamos de frente en uno de los pasillos. Me causaba cierta gracia, porque antes aparentaba estar demasiado por encima mío como para dedicarme un segundo de su tiempo, y ahora, en cambio, directamente parecía que me tenía miedo. Y hacía bien. Lo único que necesitaba por esos días era una mínima excusa.

Con Matías era similar y diferente a la vez. Su trato hacia mí siempre había sido una mezcla de condescendencia barnizada de burla y desprecio. Ahora casi podía sentir la desconfianza que emanaba. Un día llegué a la oficina y me topé con él y Mariela en el pasillo de los lockers. Ella sacaba sus cosas de su casillero, que estaba al lado del mío, murmurando entre susurros.

— ¿...una fractura expuesta?

—Sí, arriba de la rodilla.

—Me pareció que tenía algo raro en el pantalón, pero no pensé que...

—Es rarísimo. Los médicos dicen que parece que le hubieran dado vuelta el hueso por dentro, nada que ver con la forma en que cayó.

—Pobre Nacho...pobre...

—Es complicado, Maru... Dicen que hay riesgo de que quede ren...

Matías se calló la boca en cuanto me vio. Él y Mariela se quedaron mirándome en silencio mientras me acercaba a mi locker.

—Buen día—dije con toda la naturalidad que pude.

—Buen día—masculló Matías.

Mariela no dijo nada. Ambos dieron media vuelta y se fueron, seguramente a seguir con su charlita en algún otro rincón. Yo me sonreí con toda la boca, exultante. En el pasado, sus interminables muestras de desprecio solían lastimarme; ahora, notar ese temor y desconfianza me provocaba una dicha morbosa. Sí, yo empujé al hijo de puta de su amigo. Sí, yo le retorcí la pierna mientras se daba de cara contra los escalones, asegurándome que no saliera bien parado de esa. Y sí, sé que les llama la atención que yo justo estuviera ahí cuando el gordo desbarrancó, ¿y qué? No había nada que pudieran echarme en cara. Quizás sintieran algún tipo de sospecha a nivel subconsciente, instintivo casi, y quizás se lo hubieran contado a Esteban también, pero no tenían literalmente nada en mi contra. El Don era invisible.

Lo que sí se volvió cada vez más visible, fue mi comportamiento. Estaba embriagado de poder. Los demás podían tratarme como quisieran, podían insultarme o humillarme si así lo deseaban. Daba igual. Yo podía castigarlos, y lo hacía. Era así de simple. Comencé a verme a mí mismo como la imagen viva de la omnipotencia. No tenía por qué ajustarme a ninguna regla o moral. Yo podía construir la mía. Podía hacer lo que quisiera desde la seguridad del anonimato, y nunca nadie lo sabría.

Así fue una noche, de camino al desarmadero, cuando un pobre desafortunado quiso volver a robarme. No fue como aquella lejanísima vez en el parque, a la salida del trabajo, ni por asomo. En esa ocasión había estado aterrado, pero ahora me sentía feliz de tener una oportunidad de desquitarme con alguien y poner a prueba lo que podía hacer. Golpeé al ladrón con la misma fuerza con la que golpeaba a los coches, justo en el pecho. Recuerdo que salió volando hasta la acera opuesta como si fuese un muñeco de trapo. Yo podría haberme marchado ahí mismo, pero en lugar de eso me acerqué y me lo quedé mirando.

—Así que ibas a robarme—dije, presionando el Don contra su espalda y sus miembros, clavándolo al piso—. ¡Así que ibas a robarme, eh! ¡¿A mí, hijo de puta?! ¡¿A mí?!—

— ¡Pará! ¡Pará!

Me obligué a detenerme cuando vi que empezaba a sangrar por la nariz y la boca, aunque una parte de mí quería seguir. La posibilidad suena

perturbadora ahora, pero en ese entonces era distinto. Yo tenía el control, tanto que terminé por acostumbrarme demasiado a esa sensación.

Ya no podía perdonarle nada a nadie.

Lo que sigue tuvo lugar una nublada mañana de junio, cerca del mediodía. Sabrina me vio cuando me levantaba de mi puesto y me ponía a revisar mi billetera.

— ¿Salís a comprar para almorzar?

—Sí, sí.

— ¿Hasta dónde vas?

—Hasta el local este de acá en la esquina.

—Uh, ¿me traés una milanesa? ¿Con puré?

—Sí, claro. No, no, dejá, me das la plata cuando vuelvo.

—Dale. ¡Gracias!

Afuera hacía un frío considerable. Fui a paso ligero hacia el local, con las manos apretadas en los bolsillos. Recuerdo que tenía la cabeza en cualquier parte. Era una de esas veces en las que uno va en piloto automático. Mis pensamientos saltaban aleatoriamente de Sabrina al esfuerzo titánico que supondría levantar algo tan pesado como un coche en el aire, desviándose luego a la chica de jeans ajustadísimos que iba por la vereda de enfrente. Ni siquiera miraba hacia adelante cuando salí del local a la calle, de vuelta a la consultora.

Mis ojos, clavados en la acera, no vieron cuando Matías se me echó encima.

Di un respingo, sobresaltado. Matías, con su fornida complexión, me bloqueaba el paso en la vereda. Los transeúntes, que no eran pocos a esa hora, lo bordearon entre murmullos malhumorados, cosa que a él no parecía importarle. Noté que estaba más serio que nunca, sin rastro del gesto burlón que yo tanto odiaba.

Me enderecé y traté de hacerme el cool, aunque admito que estaba bastante turbado. El corazón me latía como loco. Pese al cambio que el Don generaba día a día en mí, en el fondo le tenía miedo. Suena ridículo visto así, en retrospectiva, pero la verdad es que siempre he temido a la gente con la que no soy capaz de hablar, aquellos que tanta facilidad tienen para dar vuelta cualquier cosa que diga y dejarme en ridículo. Me había pasado en la escuela, en la universidad y me pasaba ahora en el

trabajo. Matías y Mariela eran los más claros ejemplos de que el cobarde aún vivía ahí, oculto bajo las interminables capas de arrogancia del Don. Respiré hondo.

— ¿Mati? ¿Qué pasa?

— ¿Qué le hiciste a Nacho el otro día?

Abrí mucho los ojos.

— ¿Eh?

—Que qué le hiciste a Nacho la otra vez. Contestá.

La acusación y la brusquedad de su tono, pese a que me sabía perfectamente culpable, me enfurecieron. Hasta ese momento, jamás me había imaginado que alguien pudiera recriminarme algo hecho con el Don.

—Nada. No le hice nada. Se tropezó y se cayó, vos estabas ahí.

—No te hagas el tarado conmigo—gruñó, acercándose un paso.

Yo retrocedí prácticamente por reflejo. Aun así, logré esbozar una horrible sonrisa, pese a que las manos me temblaban de la rabia y los nervios.

—El tarado acá sos vos. Mirá lo que me decís. Tu amigo pisó mal y se cayó, no hay nada que...

—Vos nunca salís con nosotros ni bajás por las escaleras. Nunca. —Se acercó otro paso—. Y justo el día que Nacho te hace una jodita venís atrás nuestro, por las escaleras, y él tiene este accidente rarísimo.

—Sí. ¿Y? ¿Qué tiene? ¿Algo de eso explica que tu amigo no se haya caído solo?

—Seguís haciéndote.

— ¿Qué me hago? Madurá, Matías. Ignacio tuvo un accidente. Punto.

—Nacho me dijo que lo empujaron. No se tropezó. Alguien lo empujó atrás de la rodilla. Vos estabas justo atrás de él, y vi como lo miraste antes de que se cayera.

— ¿Y me viste empujarlo también? —Seguía sonriendo, pero no de nervios, sino porque la situación ya empezaba a resultarme graciosa. Matías estaba cabreadísimo, lo cual era un deleite, y era obvio que no tenía nada de qué agarrarse. Solo era la frustración hablando por su boca.

Al parecer, él e Ignacio estaban mucho más unidos de lo que yo me suponía—. ¿Eh? ¿Me viste?

—Algo hiciste. Estoy seguro. Te vi, y Maru también.

—No vieron un carajo. —Volví a enfurecerme, guiado por mi propia convicción de superioridad—. Ignacio se cayó por la escalera, ¿y sabés qué? Se lo merecía.

—Basta.

—Se lo merecía porque es un matón hijo de puta sin la más mínima empatía, un nene de papá mimado que vale lo mismo que un montón de mierda, justo como vos. Y te digo más: ojalá se hubiese roto el cráneo además de la piernita, y ojalá te hubiera arrastrado a vos también en el cami...

Matías me cruzó la cara de un puñetazo.

Ni siquiera lo vi venir. De repente estaba sentado en la vereda, con las bolsas del almuerzo desparramadas por el suelo y toda la gente de la calle mirándome. El pómulo me ardía horrores y la cabeza me daba vueltas. La ira me llenó como un ácido corrosivo al comprender lo que había pasado. Aquel cerdo me había derribado de una trompada. Estuve a punto, a un suspiro apenas, de estamparlo contra el suelo con el Don, de dislocarle cada extremidad y lanzarlo al medio de la calle como una bolsa de basura...pero me contuve. Había demasiada gente cerca, y todos parecían estar mirándonos. Me limité a soltar una amarga carcajada, levantándome, intentando contener las lágrimas.

— ¿Ves? ¿Te das cuenta? —grazné, maldiciéndome al notar como la voz se me quebraba en un falsete—. Acá queda bien en claro la clase de "personas" que son ustedes. En cuanto alguien les planta cara, en cuanto alguien los pone en evidencia y les dice la verdad, reaccionan como la mierda que son, ¿eh, Mati? No tienen ni un poco de...

— ¡Callate!

Volvió a golpearme, esta vez en el estómago. Caí de rodillas, apoyando las manos en el suelo a cuatro patas, como un perro.

— ¡No te quiero volver a ver, hijo de puta! —vociferó, agitando un dedo en mi dirección—. Ni me mires en la oficina porque te mato, ¿me oís? ¡Te mato!

Dio media vuelta y se fue, dejándome ahí, tirado en el suelo. La gente a mi alrededor murmuraba. Vi algún que otro celular apuntándome. Alguien me tendió una mano para ayudarme a levantarme, pero lo rechacé

bruscamente. Me incorporé por mí mismo y me alejé, sin dirigirme a ninguna parte en particular. Tenía ganas de vomitar a causa del segundo golpe, pero hice un esfuerzo por aguantarme. Mi cabeza era un hervidero. No voy a molestarme en detallar todo lo que me pasó por la mente en ese instante porque simplemente no podría. Lo importante es que no me llevó casi nada tomar una decisión. Volví a pasar por el local y compré el almuerzo para Sabrina. Yo había perdido el apetito.

Ella se llevó una mano a la boca cuando me vio.

— ¡Tu ojo! ¿Qué te pasó?

Sonreí débilmente.

—Me asaltaron.

— ¿En serio? ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes... —Moví la cabeza de un lado a otro. Mariela y Esteban me miraban de soslayo. No vi a Matías por ninguna parte—. Voy a ir a la comisaría a hacer la denuncia...

— ¿Querés que te acompañe?

—No, no hace falta.

Creo que Sabrina quiso agregar algo, pero no llegué a escucharla. Di media vuelta y me fui. Era mediodía apenas, muy temprano aún, pero no podía quedarme en el estudio. Di vueltas por el centro durante varias horas, parándome a tomar café o a mirar vidrieras de comiquerías. Tenía reuniones esa tarde pero no me importaba. Seguramente, en algún momento, Anabela me echaría la bronca por haber desaparecido. Aquello me importaba aún menos.

Estuve afuera toda la jornada. Creo que faltaban unos veinte minutos para las seis cuando finalmente volví al estudio. No fui al tercer piso. Tomé la escalera de incendios y bajé directo hasta el primer subsuelo.

Ahí estaba el estacionamiento.

No tardé nada en encontrar el auto de Matías. Al fin y al cabo, resaltaba hasta entre los coches de los socios: un Audi TT negro, nuevo y brillante. Tal y como presumiera en aquella ocasión en la cocina, lo había comprado (o se lo habían comprado, mejor dicho) hacía apenas unos meses. Cero kilómetro. Era una máquina increíble, y Matías no perdía oportunidad de echárselo en cara a cualquiera que quisiera escucharlo. Me resultaba aberrante, pero que todo el mundo se lo festejara y se quedara como idiotizado escuchando lo rápido que pasaba de cero a cien, lo fino de los

tapizados, la potencia del motor, etcétera, etcétera, me lo parecía más aún.

Así que me detuve a unos diez metros de aquel Audi cero kilómetro (casi), ocultándome tras una columna. Sé lo que deben estar pensando, y no, no puse a prueba lo que venía ensayando desde hacía semanas en el desarmadero. Esperé. Esperé cerca de una hora hasta que Matías bajó.

Si me lo preguntaran ahora, no sabría decir por qué hice exactamente lo que hice. Hubiera sido mucho más fácil fulminarlo ahí mismo, romperle la pierna como al miserable de su amigo o partirle el puto cuello, qué sé yo. Lo que fuera. Pero no era eso lo que quería hacer. Había ido hasta allí con una idea única e inamovible, una idea que no había cuestionado ni puesto en duda en ningún momento. Dejé que quitara la alarma, subiera al auto, cerrara la puerta y se abrochara el cinturón de seguridad. Entonces empecé.

Golpeé la puerta del conductor, lo hice con tanta intensidad que el ojo derecho se me contrajo de dolor como hacía tiempo no me sucedía. No importaba. Observé inexpresivo como el metal se hundía con violencia hacia adentro, golpeando a Matías en la cadera, echándolo de costado contra el asiento del acompañante. Él gritó, confuso, y gritó más aún cuando los neumáticos de las ruedas delanteras reventaron. El auto se hundió como si se desinflara. Mi ojo se quejó de nuevo, pero lo ignoré. Recién estaba empezando.

En la cabina, Matías intentó enderezarse sobre el asiento, mirando a todas partes con ojos enormes. No le di tiempo a nada. Volví a golpear, arriba esta vez, con más fuerza que al principio. El techo chirrió y se hundió como si un gigante hubiera apoyado un dedo sobre él. Matías soltó un alarido y se escurrió hacia abajo, luchando para no ser aplastado.

El ojo me palpitaba grotescamente. Sentí una punzada monstruosa en la pupila cuando, con una ráfaga tremenda, atacé la puerta del acompañante. La ventanilla y el parabrisas estallaron. Matías estiró un brazo ensangrentado, tratando de salir por la inesperada abertura, pero las puertas y el techo estaban tan hundidos, tan aplastados, que le resultó imposible. Estaba atrapado, inmóvil en medio de un montón de metal retorcido que temblaba y se sacudía, cerrándose poco a poco sobre él.

Ahí fue cuando perdí el control.

Matías gritaba y lloriqueaba, histérico, pero yo apenas lo oía. Mi furia era tal y había llegado tan lejos que ya no pensaba. No pensaba cuando, con un esfuerzo titánico, levanté el auto en el aire casi dos metros; no pensaba cuando empecé a comprimirlo en un cubo compacto y retorcido de chatarra. El dolor era insoportable, pero no podía parar. Nunca había logrado aquello en el desarmadero. Lo había intentado mil veces,

fantaseando en cada ocasión que Mariela, o Ignacio, o Matías estaban atrapados dentro. Pues mira tú. Ahí estaba Matías, y ahí estaba todo mi esfuerzo, mi odio, mi miseria, mi dolor y mi poder... Mi Don, destruyendo su auto con él encerrado. Ni siquiera me di cuenta cuando mis gritos se unieron a los suyos.

El metal rugió, agónico, los vidrios estallaron en su totalidad, seguidos por los otros dos neumáticos. Las puertas y el techo se hundieron más y más, comprimiéndose, pulverizándose, todo al ritmo vibrante de mi ojo derecho; mi ojo, que pulsaba y latía como una cuerda de guitarra demasiado tensada; mi ojo, puente canal por el que el Don fluía como un torrente hacia afuera, cada vez con más ímpetu, más fuerza, más violencia, más dolor, más...

Algo estalló de repente.

El auto cayó con un estrépito ensordecedor contra el pavimento, transformado en una ruina humeante de fierros destrozados. Matías estaba adentro, aterrado, preso en el pequeño espacio triturado al que había quedado reducida la cabina. Yo lo veía. Lo veía borroso con mi ojo izquierdo, que parpadeaba frenético. Lo cerré con fuerza, conmocionado, y cuando retiré la mano que presionaba contra el lado derecho de mi cara no vi nada.

No veía nada.

La familiar y punzante agonía que me había acompañado durante meses y meses de práctica había desaparecido, reemplazada por un dolor espeso, húmedo, carnal. Algo caliente me empapaba el rostro. Comprendí lo que era cuando abrí el ojo izquierdo y vi la mancha roja y goteante en mi mano.

— ¿Pero...qué...cómo...?

A mis espaldas, una puerta se abrió. Alguien gritaba a lo lejos, muy a lo lejos, llamando a Matías. Los sollozos lastimeros de su respuesta me llegaron igual de lejanos cuando retrocedí, tambaleante, dándome de espaldas contra la columna. Las piernas no me respondían. Caí de cara al piso, mi mejilla derecha apoyada contra el cemento frío y duro del subsuelo. Mi ojo siguió los pies de alguien que correteaba hacia lo que quedaba del Audi. Lo cerré, y pese a que estaba seguro de que tenía el otro abierto, todo era oscuridad.

Total y completa oscuridad.

.

Continuará

.

Capítulo 7

Luz

Estaba de pie al frente del inmenso salón, recto y firme como una torre. Gesticulaba con las manos para marcar el ritmo de la exposición, sonriente, confiado, dejando que la compleja temática que tan bien dominaba fluyera por mis labios. La multitud me escuchaba embelesada, sus ojos fijos en mi porte, en el fino traje Armani negro con corbata. Allí estaban Mariela y Anabela, en primera fila, exultantes, sus miradas llenas de aprobación. Vi a Matías y a Ignacio, a Javier y a Esteban, a mi padre y a mis compañeros de secundaria. Todos sonreían, todos asentían con la cabeza.

Terminé la exposición con un floreo, volviéndome hacia ellos, y la multitud estalló. Los aplausos, las exclamaciones y los vítores llenaron el auditorio, retumbaron entre sus muros dorados y la lejana cúpula pintada de estrellas. Esteban se acercó para darme la mano. Matías me dio una amistosa palmada en el hombro, sin rastro alguno de burla o malicia en su expresión. Mariela me envolvió en un fuerte abrazo y sonrió, radiante, mientras me besaba en cada mejilla.

— ¡Felicitaciones!

—Felicitaciones.

— ¡Excelente! ¡Felicitaciones!

Luego, todos se apartaron para dejarla pasar. Sabrina avanzó a través del largo pasillo abierto entre la multitud. Se detuvo frente a mí, me tomó por la mano.

—Felicitaciones.

Ella se puso en puntas de pie, yo me agaché un poco, recibiendo sus labios con los míos. Los aplausos crecieron, la algarabía me envolvió mientras la abrazaba, la atraía hacia mí y comprendía, finalmente comprendía.

Entonces abrí los ojos.

Uno, al menos.

El dolor sordo y familiar fue lo primero que noté. Entumecimiento genérico en la zona frontal del cráneo, hormigueos en la mejilla, el brazo y la

pierna derecha, rigidez en la nuca. Puntos luminosos destellando en el aire como si fueran luciérnagas. Los precedentes típicos de una migraña. Hacía meses que no los sufría, no así de avanzados. Aquel simple hecho tendría que haber sido suficiente para aterrorizarme, porque sabía lo que vendría, pero estaba tan confundido que ni siquiera sentí miedo. Eché un lento vistazo a mi alrededor, mareándome con solo hacerlo. Todo era blanco, un blanco frío y estéril. Estaba tumbado bocarriba en una cama de lo más incómoda, rodeado de muros y suelos opacos. Ni rastro del inmenso auditorio. Notaba una sensación extraña en la cara, y enseguida supe por qué. Un apretado vendaje me cubría todo el lado derecho del rostro, dando una vuelta completa alrededor de la cabeza. Sentía como si tuviera una montaña de gasas y algodones allí donde debía estar el ojo. Lo entendí enseguida.

"Así que a esto hemos llegado..."

La misma noche en que empecé, a solas en mi departamento, mirando fijamente un tomo de historietas, una parte de mí ya sabía que las cosas podían terminar así. Las señales siempre habían estado a la vista, claras como el agua. Si presionaba más allá de lo que era capaz, el ojo derecho se quejaba. Era una advertencia. Y si bien con la práctica mejoraba, siempre había un límite, un punto en el que estaba obligado a parar. Ese punto se había vuelto tan lejano que terminé por ignorarlo. Pero seguía ahí, siempre estaba presente. Y aquel día, en el estacionamiento, lo sobrepasé.

Apreté con fuerza las sábanas, mirando nuevamente de un lado a otro. Había una ventanucha a mi izquierda, cubierta con pesadas cortinas blancas. Parecía ser de madrugada. Enderecé la cabeza en dirección a la puerta, y el simple movimiento me provocó una ola de dolor que me recorrió todo el lado derecho del rostro, desde la barbilla hasta la frente. Era un dolor distinto al de la jaqueca que se avecinaba. Me llevé una mano al ojo, palpando el vendaje. Pese a que lo intuía, el pulso se me aceleró al ver la sangre en mis dedos. Empecé a temblar, aferrándome a los lados de la camilla. *"Tranquilo, tranquilo..."* pensé, notando recién entonces que estaba empapado en sudor. Centré la mirada en la bandeja a un costado de la cama, desesperado, y entonces lo supe. Antes de siquiera intentarlo lo supe con toda certeza. Traté de mover los utensilios médicos, hacerlos saltar en el aire, atraerlos hacia mí, lo que fuese. Pero no había caso. El íntimo y familiar desplazamiento del Don dentro de mi cráneo, su pujar a través del globo ocular hacia afuera, amoldándose a mis deseos, a mi voluntad, había desaparecido. No había nada. Solo el dolor persistente y mundano de la carne lacerada.

No solo había perdido un ojo.

Mi pulso se aceleró aún más. Los temblores se transformaron en sacudidas. Hiperventilaba, sentía náuseas. Me incliné hacia un costado y

vomitó con fuerza. La frente comenzó a palpitarme con un latido aterrador, arrastrándose hacia el hueco donde antes había estado mi ojo. El ataque era inminente. Volví a mirar la bandeja, histérico. Había tres píldoras junto a un vaso de agua. Las tomé de un manotazo, en seco, y entonces, oscuridad. Nada más que oscuridad.

Debí perder el conocimiento, porque cuando desperté ya había amanecido. Cerré fuertemente el ojo, anticipándome a la arremetida arrolladora de la migraña...pero no fue así. El ataque había menguado. ¿Las píldoras, quizás? ¿O la repentina inconsciencia? ¿Cuántas horas había dormido? Que importaba. Apoyé la nuca sobre los almohadones. Las sábanas estaban húmedas de sudor, y me sentía increíblemente débil, como si llevara dos o tres días sin comer. Notaba una punzada en el antebrazo. Alguien me había conectado un tubo plástico mientras dormía, directo a la vena. El suero goteaba con un repique que se me hacía ensordecedor. Abrí la boca para gritar, o para pedir ayuda, pero enseguida me detuve. ¿Qué sentido tenía? ¿Acaso alguien lo entendía? ¿Acaso alguien ahí sería capaz de devolverme la inmensidad de lo que había perdido? Cerré el ojo y lloré en silencio, golpeando la cabeza contra la almohada.

Más tarde intenté levantarme, pero seguía tan débil que casi caigo de la cama. Me quedé allí tumbado, contemplando el blanco sucio del techo. Era lo único que podía hacer. Quedarme ahí tirado otro día, otra semana, meses, años. Por siempre quizás. ¿Qué diferencia había?

Ni siquiera reaccioné cuando, un tiempo indefinido después, los de bata entraron a cambiarme el suero y a hacerme preguntas. Un "raro fenómeno", o una "reacción insólita de los vasos sanguíneos oculares", algo que "nunca habían visto antes". Los ignoré. ¿Qué sabían ellos? ¿Qué podía saber nadie en este mundo pútrido? Me preguntaron infinidad de cosas, pero no contesté. Ni siquiera recuerdo los interrogatorios. Me quedé inmóvil en la cama, la cabeza vuelta hacia las cortinas blancas del ventanal. Al cabo de un rato se rindieron y se marcharon, advirtiéndome que volverían. Al parecer, tenían que hacerme una segunda radiografía de cráneo. No respondí. Una de las enfermeras dejó una bandeja con otras tres píldoras y la insípida comida del hospital. Ni la toqué. No tenía deseo alguno de comer, y dudaba que alguna vez volviera a tenerlo.

Luego de aquello, los días se sucedieron con exasperante lentitud. Dos, tres, cuatro, cinco, quizás. Pasaba mucho tiempo dormido, lo que me dificultaba saber con exactitud cuánto llevaba allí. Las píldoras me ayudaban a hacerme una idea. Tres al día, dos blancas y una celeste. A veces las tomaba, aunque no servían de mucho. El dolor en el ojo herido no parecía querer irse, y las jaquecas, Dios me ayudara, comenzaban a retomar su habitualidad. La que había tenido al despertar la primera vez solo había sido el comienzo. Aquello me aterrorizaba más que cualquier

otra cosa, pero no me sorprendía. Había perdido el Don.

Al sexto día de encierro dejé de contar. El suero y unos pocos bocados me mantenían con vida, pero cada vez me hundía más y más en un viejo y conocido sentimiento, uno que el Don me había ayudado a sepultar. Pero era una mentira, una ilusión.

Estaba solo.

Nadie vino a verme. Ni siquiera una sola visita. No me cabía la menor duda de que varias personas debían estar al tanto de mi situación, pero tampoco me sorprendía. Hasta resultaba lógico. ¿Quién iba a venir al fin y al cabo? ¿Mis amigos? No tenía ninguno. ¿Mis padres? Ya no los conocía. No tenía ni idea de dónde estaba papá, y seguramente él tampoco. No hablábamos hacía años; incluso de haber sabido que estaba allí, muriéndome, dudo que hubiera movido un pie para acercarse. Jamás le importé en lo más mínimo. Con mamá quizás hubiera sido diferente, pero sabía que, en su nebulosa de alcohol, ni siquiera estaría en condiciones de enterarse de cuanto la rodeaba. La historia de mi vida.

Y qué decir de mis compañeros de trabajo. Del primero al último debían alegrarse de que estuviera ahí, si en verdad habían llegado a molestarse en indagar el porqué de mi ausencia. De seguro estaban demasiado ocupados llorando el Audi de Matías y las lesiones que esperaba haberle provocado. Sí, incluso en esos momentos mantenía la furiosa esperanza de haberlo herido. Que por lo menos hubiera salido tan mal parado como yo del estacionamiento, un par de huesos rotos y un trauma equivalente.

Que esperanza tan vana y egoísta...

Tenía lo que me merecía. Pese al enorme vacío que había dejado, pese a lo desesperadamente que aún me aferraba a él, era consciente de cómo el Don me había destruido. Ahora veía lo que era, lo que había hecho refugiado en la cobardía del anonimato.

Tenía lo que merecía.

Privado de aquello que por primera vez me había hecho sentir que tenía el control sobre mi vida. Desfigurado. Olvidado. Solo. Total y complementamente solo.

La noche siguiente desconecté el suero. Ya no volvería a comer. Y quizás, con el tiempo, reuniría el valor suficiente para comenzar a acumular las pastillas, o haría una soga bien larga con las sábanas de la cama. Sería fácil, demasiado fácil. Solo necesitaba tiempo. Un mínimo de valentía. Había sido un cobarde durante toda la irrelevancia de mi existencia; ahora, debía ser capaz de reunir solo un poco del coraje que había reprimido durante veintiocho años. Sería suficiente para ponerle un fin a

todo. Lento pero seguro, el día llegaría. Las lágrimas se acumularon en mi ojo izquierdo. Ya casi no podía esperar.

—Habitación trece—indicó alguien.

Volví bruscamente la cabeza. La clínica era tan silenciosa que las palabras me llegaron con claridad. Parecían provenir de algún punto del pasillo que, seguramente, debía extenderse más allá de la sólida puerta. Unos pasos lentos y suaves retumbaron entre los muros. La puerta se abrió con un gemido metálico. Y allí estaba ella.

— ¿Sabri?

Abrí tanto el ojo que me dolió. Sabrina estaba sumamente pálida, pero sonrió al verme.

—Hola.

— ¿Qué...qué haces acá?

—Vine a verte.

Me quedé en silencio. No sabía qué decir. Ella se acercó a la cama, mirando con cautela hacia los lados. Su expresión se tensó al ver más de cerca mi vendaje.

— ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho?

—No—mentí—. Estoy...estoy mejor.

—Perdón por no haber venido antes. El día después de tu...accidente fui a verte al hospital, pero te habían sedado. Después, cuando te cambiaron acá, se me complicó mucho venir.

—No te preocupes. —Sonreí—. Me alegra mucho verte.

Decir que me alegraba era poco. Ella quizás nunca lo supiera, pero su presencia allí era luz.

Era vida.

— ¿Los...médicos dijeron si iban a darte de alta?

—Sí... ¡Sí! No es nada. Estimo que dentro de poco ya voy a estar afuera.

Era otra mentira. Nadie había dicho absolutamente nada sobre mi alta, y si lo hicieron, no lo escuché. Pero en un abrir y cerrar de ojos todo había cambiado. Sabrina había venido a verme. Tenía que salir de ahí, tenía que

hacerlo cuanto antes. Empezaría a comer otra vez, y a tomar los medicamentos. No podía perder ni un minuto más. Me esforzaría en recuperarme y abandonar aquella horrible celda. Viviría. ¡Viviría! Sabrina me estaba esperando. Podía volver, tenía que hacerlo.

Luz.

Vida.

—Dentro de poco—repetí—. Voy a salir dentro de poco.

—Bien, bien, me alegro. —Se calló de repente—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Al principio no entendí a qué se refería, pero de pronto me di cuenta de que estaba llorando. Lágrimas solitarias resbalaban por mi mejilla izquierda. Alcé la mano y me las limpié lentamente, avergonzado.

—No, nada... Es solo que de verdad estoy feliz de...de volver a verte. Pensé que no ibas a venir. "*Que nadie iba a venir*".

— ¿Cómo no iba a hacerlo? Nos vemos todos los días, te conozco desde hace años. Yo te...aprecio mucho. De verdad.

Nos quedamos completamente callados durante unos segundos. No sabía qué decir. Otra vez. El silencio se hacía cada vez más y más intolerable. Abrí y cerré las manos varias veces, inquieto.

—Matías—logré decir—. ¿Cómo está Matías?

— ¿Matías? —La expresión de Sabrina cambió de repente—. Bien, él está bien. ¿Qué...? —Unas voces apagadas sonaron a nuestras espaldas, del otro lado de la habitación. Sabrina echó una rápida mirada por encima del hombro. Luego, para mi completo asombro, se acercó un paso más y me tomó de la mano—. Disculpame, pero tengo que irme ahora. No me puedo quedar mucho tiempo...pero voy a tratar de volver en cuanto pueda.

—Sí...no hay problema. —Acaricié lentamente sus dedos, tan alegre como turbado—. Y gracias. Muchas gracias. Por todo.

Sonrió y dio media vuelta. Cuando estaba a punto de abandonar la habitación la llamé.

— ¿Sabri?

— ¿Sí?

—Cuando...cuando salga. ¿Te gustaría ir a cenar conmigo al nuevo local de sushi?

Su sonrisa se amplió.

—Sí...cuando salgas.

La puerta se cerró con un estruendo metálico. Volví la cabeza hacia la bandeja con el almuerzo que ni había llegado a probar. Agarré un trozo de pan y meforcé a comer. Mientras masticaba, centré mi atención en las tres píldoras sobre la bandeja. Dos blancas y una celeste. Las observé durante diez, quince, veinte minutos. No había caso. No se movían.

Pero...de algún modo...ya no me parecía tan terrible.

Desvié la mirada hacia la ventana, hacia los barrotes tras las cortinas blancas. Afuera estaba soleado.

Sonreí.

•

Fin

•